

La Ilustración Artística

Año XXIV

← BARCELONA 11 DE DICIEMBRE DE 1905 →

NÚM. 1.250



S. A. la infanta D.^a MARÍA TERESA y su prometido S. A. el príncipe FERNANDO DE BAVIERA
(De fotografías de Franzen, Madrid.)

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Agapito Vallmitjana*, por A. García Llansó. — *Los príncipes de Gales en la India*. — *Acémila*, cuento, por Sebastián Gomila. — *Una obra notable de orfebrería*. — *Carlos P. Ripamonte y Toledo*, por A. G. Llansó. — *La demostración naval de las potencias contra Turquía*. — *La dama verde*, novela de Joseph L'Hopital, con ilustraciones de Georges Scott. — Libros enviados a la Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*S. A. la infanta D.^a María Teresa y su prometido S. A. el príncipe Fernando de Baviera*. — Último retrato en relieve de *Agapito Vallmitjana*. — *El escultor Agapito Vallmitjana en su estudio*. — *Monumento á Cervantes*, obra de Agapito Vallmitjana. — *Llegada de los príncipes de Gales á Bombay*. — *Entrada de los príncipes de Gales en Bombay*. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento titulado *Acémila*. — Custodia monumental construída en los talleres de los Sres. Hijos de F. A. Carreras, de Barcelona. — *Carlos P. Ripamonte y Toledo*. — *Estudio del pintor argentino Carlos P. Ripamonte y Toledo*. — *Interior*, cuadro de Carlos P. Ripamonte y Toledo. — *Walkiria*, cuadro de Fernando Keller. — *La demostración naval de las potencias contra Turquía*. — *Panorama de Mitilene*. — *Monumento erigido en honor del papa Pío X en Riese, su ciudad natal*. — El notable violinista *Mariano Perelló*. — «El miracle del Tallat», leyenda representada en el teatro Principal. — «Las garsas», drama de Ignacio Iglesias, representado en el teatro Romea de Barcelona.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: política interior: cuestión arancelaria: los anexionistas: la isla de Pinos. — **Puerto Rico:** nuevos informes sobre el malestar económico y despoblación de la isla: reclamaciones de los portorriqueños. — **Costa Rica:** agitación electoral: rumores de unión con Panamá. — **República Argentina:** sus progresos como país proveedor de artículos alimenticios: las carnes y los trigos argentinos en Inglaterra: desarrollo general de los intereses materiales. — **Chile:** motín en Santiago. — **Uruguay:** situación financiera.

La cuestión política interior en Cuba se complica con las cuestiones arancelaria y anexionista en relación á los Estados Unidos.

En los Colegios electorales para la renovación de la presidencia de la República predominó el partido moderado, que aspira á reelegir á Estrada Palma. El partido liberal se proponía presentar al general José Miguel Gómez, sobrino de Máximo, que ha retirado su candidatura para evitar, según dijo, que se promovieran desórdenes y acaso una guerra civil. No obstante, los ánimos están muy sobreexcitados, y agravan la situación por una parte las audacias de los anexionistas, y por otra el proyecto de tratado de comercio con Inglaterra, mal acogido por los yanquis, porque habría de perjudicar á sus intereses y á su influencia en la isla. Agréguese, en lo que á relaciones comerciales con los Estados Unidos se refiere, que muchos cubanos piden una revisión ó modificación del convenio arancelario con aquella República, porque se teme que el azúcar y el tabaco procedentes de Filipinas puedan llegar á competir, libres de derechos, con la producción cubana.

Los yanquis residentes en la isla de Pinos han llevado muy á mal que esta isla quede bajo la soberanía de Cuba; se han declarado independientes y han constituido un gobierno provisional que se propone pedir ó ha pedido la anexión á los Estados Unidos.

Recordemos que la isla de Pinos, situada al Sur de la parte occidental de Cuba, constituye un término municipal de la provincia de la Habana y es la mayor y más importante de las muchas islas y cayos que hay alrededor de la Gran Antilla. En realidad son dos islas unidas por una tira de ciénaga; la del Norte interrumpida por lomas, y la del Sur baja y arenosa. Tiene 840 millas cuadradas de superficie (unos 2.850 kilómetros), y según el censo de 1899, 3.200 habitantes. Predomina la población blanca, pues lo son 2.678, y de éstos 2.480 nativos y 198 extranjeros. De éstos, la mayor parte son nacidos en España; nacidos fuera de Cuba ó de España sólo había 14 individuos. Luego los 200 ó 300 yanquis que se han rebelado ahora contra el gobierno de Cuba han ido á establecerse en la isla después de 1899.

Resulta, pues, ó que esos advenedizos yanquis se han impuesto á todos los cubanos de la isla, ó que la gran mayoría de éstos son partidarios de la anexión á los Estados Unidos.

Si algún día llegaran á predominar los anexionistas en Cuba, y llamados por ellos, ó por la fuerza de las circunstancias ó de las armas, los yanquis se señoreasen de la isla, los muchos ilusos que en aquel partido figuran sufrirían, seguramente, igual desengaño que los portorriqueños, aunque las consecuencias de la dominación de aquéllos no fueran, desde el punto de vista económico, tan graves como lo han sido en Puerto Rico.

La situación de esta última isla no mejora. Informes del cónsul de España en San Juan, recientemente publicados, confirman cuanto ya se sabía acerca de la ruina y despoblación de esa desgraciada tierra, desde que dejó de ser española.

La población agrícola, que es el 62 por 100 de la total de Puerto Rico, está muerta de hambre. El café, que en otro tiempo se vendía entre 29 y 35 pesos provinciales (17 á 21 moneda yanqui) el quintal, se paga ahora á 7, 8 ó 9 pesos. De aquí la paralización casi completa en el cultivo del café. El ron de caña era una industria relativamente importante; las contribuciones impuestas por los nuevos señores han sido causa de que se abandonen muchos alambiques. También se cierran las fábricas de elaboración de tabaco. Y el desaliento, la desesperación son tales, que ni se siembran los campos; se pierde el hábito del trabajo, y los campesinos nada hacen, porque ha decaído la fe que en él tenían, contribuyendo así, con su propia actitud, á empeorar la situación.

La crisis económica tenía que influir, necesariamente, en el movimiento mercantil de la isla, y el comercio sufre honda perturbación. El canje de la moneda provincial por la norteamericana vino á reducir el numerario á las tres quintas partes, dejando á la isla sin suficientes medios de circulación. Esto ha originado numerosas quiebras, y es imposible conseguir ahora dinero á un interés menor del 12 por 100, y aun á ese tipo se exigen garantías exorbitantes. Las acciones de los Bancos han sufrido enormes bajas. Las del Banco Español, hoy de Puerto Rico, que se cotizaban á 91 pesos (54'60 moneda yanqui), no valen ahora más que 18 ó 20 de esta última moneda; las del Banco Territorial y Agrícola han bajado desde 46 á 14.

El malestar económico se refleja también, como es natural, en la riqueza urbana, de tal suerte que en la capital, en San Juan, difícilmente puede realizarse la venta de una casa en condiciones ventajosas para su dueño.

Por todas estas causas, el comercio va disminuyendo de día en día, y de 1900 á 1905 han desaparecido, sólo en San Juan, unas 50 casas de comercio, algunas muy importantes.

Quienes más directamente sufren las consecuencias de la crisis son los jornaleros; cuantos pueden, salen de la isla, buscando en la emigración el remedio de la miseria. Pero también van emigrando las personas relativamente acomodadas para ir á establecerse á otros países donde el agricultor y el comerciante no tengan que pagar impuestos como los que allí rigen en la actualidad.

La administración yanqui nada hace para modificar favorablemente ese estado de cosas, ni muestra interés en atender las reclamaciones de los portorriqueños. El delegado de éstos en el Congreso de Washington pide más autonomía para la isla, y sobre todo medidas que estimulen la producción y exportación de café, es decir, un impuesto en los Estados Unidos sobre los cafés extranjeros. Además, solicitan que se les conceda el alto honor de poder ser y titularse *ciudadanos americanos*, es decir, ciudadanos de la gran República que los veja, desprecia, arruina y mata de hambre.

Continúa en Costa Rica la agitación electoral aunque sin salir fuera de las vías legales. En las elecciones de primer grado la victoria quedó indecisa. Si cuando los colegios electorales se reúnan para designar Presidente y representantes al Congreso, ninguno de los candidatos tuviera la mayoría absoluta, elegirá el Congreso entre los dos que más votos hubiesen obtenido.

En estos últimos días ha corrido el rumor de que Panamá pretendía la anexión á Costa Rica, y que esta República no acogía mal el propósito, para aumentar su territorio, y en él tener el canal interoceánico, y participar de los beneficios materiales que proporciona el oro yanqui. Los representantes de Costa Rica en Europa se han apresurado á desmentir la noticia.

Si la tal anexión se llevase á efecto, Costa Rica tendría que renunciar á muchas de las prerrogativas propias de los Estados soberanos, porque, según

una de las cláusulas del contrato entre yanquis y panameños, en el caso de que Panamá se anexionase á otro Estado ó se confederase con él, la nación de que se trate tendría que someterse á lo dispuesto en aquel contrato y reconocer todos los derechos que los Estados Unidos disfrutaban en Panamá.

Como país proveedor de artículos alimenticios en el Mundo, la República Argentina progresa á paso de gigante. Según leemos en la prensa de Londres, esa República está desalojando á los Estados Unidos de su posición dominante en el mercado británico, y aun sobrepaja ya á las mismas colonias inglesas, á pesar de la ventaja que estos y otros países tienen con relación á la Argentina, puesto que pueden importar en la Gran Bretaña ganado en pie, y aquella no.

La entrada en Inglaterra de carne congelada argentina, en 1904, superó á las de los Estados Unidos y de Nueva Zelanda. En 1893 importaba la República Argentina 17.000 reses lanares; en 1904 han pasado de 300.000.

No obstante las mayores facilidades que tienen los Estados Unidos y Canadá para enviar á Inglaterra las carnes por medio de las líneas de vapores que hacen servicio entre los puertos del Norte de América y los ingleses, el 40 por 100 de la carne importada en 1904 procedía de la Argentina. Esta procura ahora contrarrestar la desventaja de la mayor distancia con nuevas líneas bien subvencionadas para que puedan alcanzar sus barcos la mayor velocidad posible.

En cuanto al trigo, la Gran Bretaña necesita importar anualmente unos seis millones de toneladas, y en esa importación figura la Argentina en tercer lugar; después de Rusia y el Canadá, pero antes de los Estados Unidos, ya relegados al cuarto puesto. Y téngase en cuenta que el área actual de los campos de trigo en la República Argentina no es más que una pequeña parte de la superficie que ha de aplicarse al cultivo de ese cereal.

La República Argentina será, pues, muy en breve el más formidable competidor de los Estados Unidos en Europa. Recientemente, la Cámara de Diputados de la Nación ha votado un proyecto de ley por virtud del cual quedan abolidos todos los derechos de exportación. Se cree que ésta podrá así aumentar en un 20 por 100 por lo menos, porque los productos argentinos lucharán entonces con gran ventaja en los mercados, manteniendo la competencia de la baratura en condiciones excepcionales.

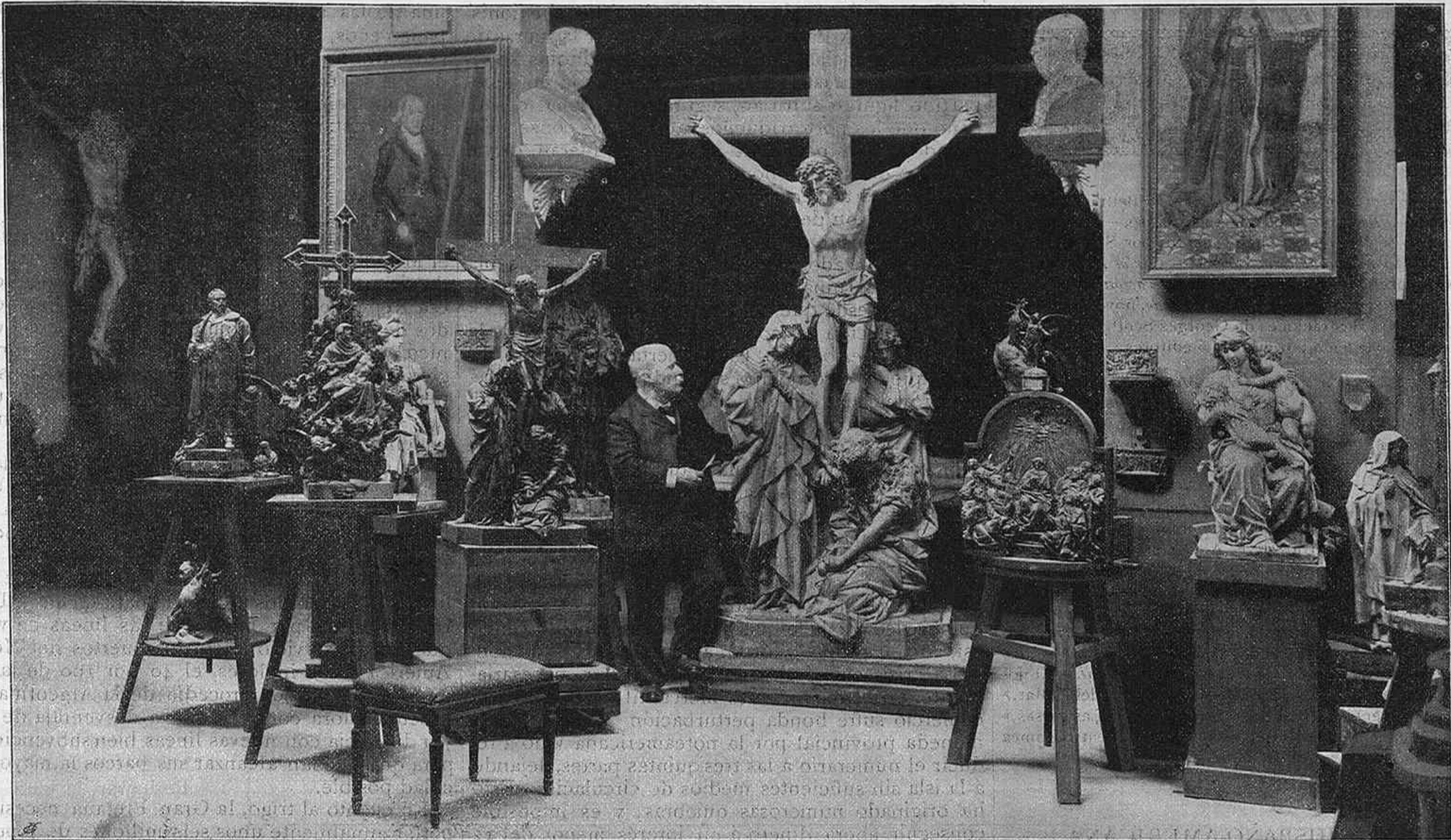
En general, el desarrollo de la República Argentina ha entrado en un período de actividad sin precedentes en la historia, por lo rápido y extraordinario. Se han proyectado y se están construyendo ahora más líneas férreas que nunca, y á 1905 corresponderá la cifra mayor de kilómetros construídos en un año. A medida que el interior del país se abre, van colonizándolo tanto los naturales cuanto los inmigrantes procedentes de la Europa meridional.

La rápida expansión que se advierte en la población y en el comercio de Buenos Aires y demás grandes ciudades de la República Argentina se debe principalmente al desenvolvimiento económico. En ningún otro país de la América meridional es tan considerable el capital extranjero empleado en acciones de ferrocarril, en bancos y en empresas mercantiles.

Las carnes argentinas, tan apreciadas en Inglaterra, han sido causa ocasional de motines en Santiago de Chile. El impuesto creado sobre la importación de ese artículo alimenticio, que encarece su precio, dió origen á protestas y manifestaciones tumultuosas que, en los últimos días de octubre, hicieron necesaria la intervención de la policía y de la fuerza pública.

A juzgar por recientes informes oficiales, la situación financiera de la República del Uruguay es satisfactoria. Desde fin de 1903 á 31 de diciembre de 1904 la deuda pública disminuyó en 1.028.258 pesos oro, no obstante la guerra civil que había afligido al país durante el pasado año. La renta de aduanas, que por la misma causa se redujo, está repuesta, y se confía en que ha de superar al término medio de los años anteriores.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



AGAPITO VALLMITJANA

Otro artista meritisimo ha desaparecido de entre nosotros, por más que su recuerdo no se borrará, ya que sus obras atestiguarán su valía y la remembranza de sus cualidades evidenciará su bondad. Agapito Vallmitjana, el que fué notable escultor, precursor y maestro de esa pléyade de artistas que tanto



Último retrato en relieve de AGAPITO VALLMITJANA

honran al arte patrio, dejó de existir el día 25 de noviembre último, legando a Barcelona un caudal de producciones y un nombre que añadir a la lista de sus hijos ilustres.

Ya dijimos hace algunos años que á Agapito y á su hermano Venancio débese, en primer término, el renacimiento escultórico catalán, puesto que uno y otro, verdaderamente identificados, sin otros precedentes locales que las desperdigadas obras de Amadeo y Campeny, dedicáronse, allá á mediados de la pasada centuria, á modelar figuritas para belenes, desarrollándose sus aptitudes y cobrando alientos ante los éxitos que obtenían sus modestas producciones. Hijos de un laborioso y honrado tejedor, prefirieron entregarse por completo á cultivar la escultura en vez de proseguir la profesión de su bon-

dadoso progenitor. Cierta es que con tal decisión no han logrado los positivos resultados que tal vez la suerte les hubiera reportado, pero no lo es menos que no hubieran logrado ejercer su influencia de un modo decisivo y que su nombre fuese conocido y ensalzado, cual lo es hoy, por todos aquéllos que rinden al arte y á sus grandes intérpretes el tributo de su respeto y consideración.

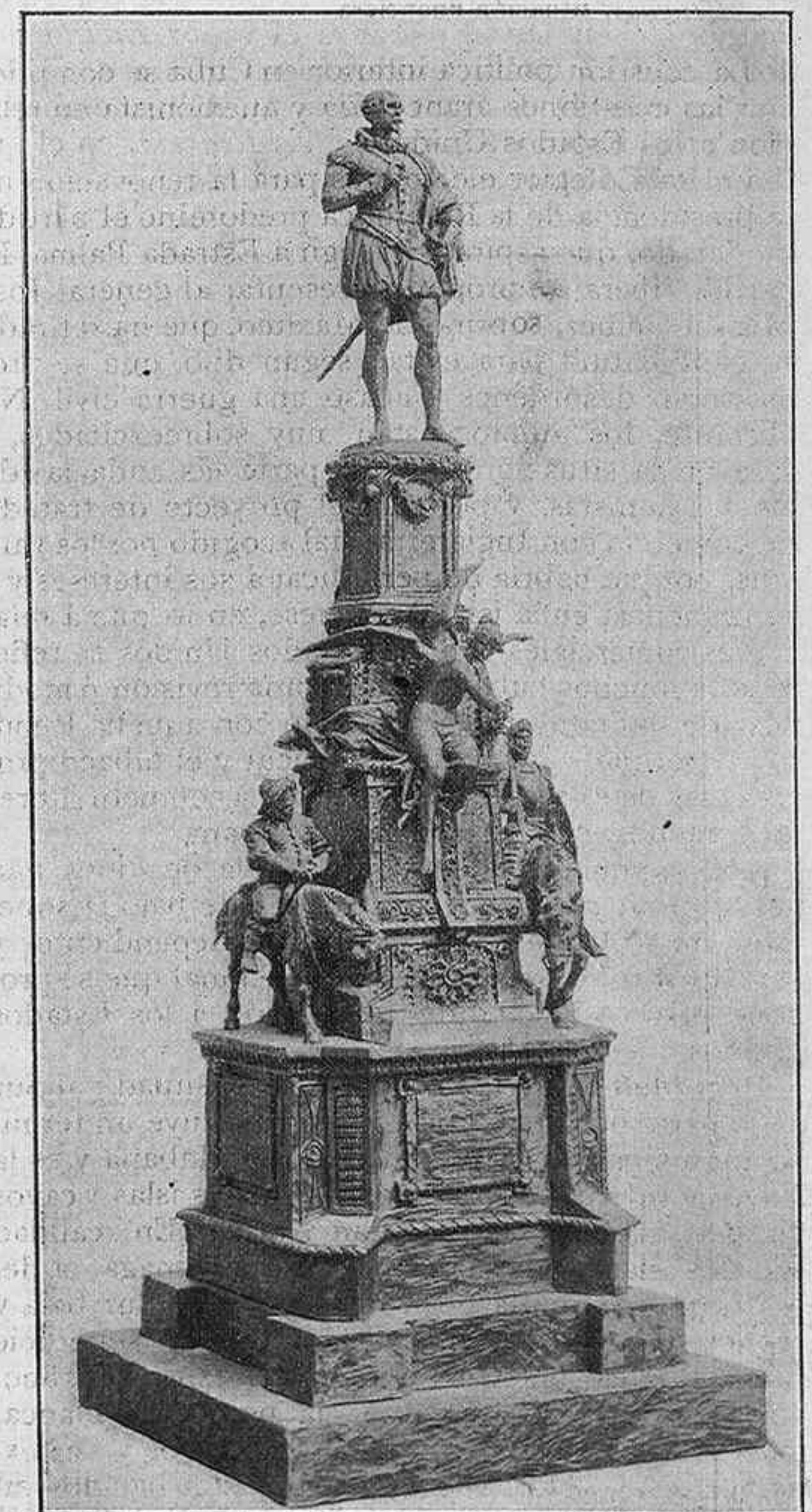
Decíamos en otra ocasión que su historia artística es una serie continuada de triunfos, no circunscritos á los resultados de un concurso, sino en el general aplauso del público, que siempre ha acogido sus producciones con entusiasmo. Su nombre lleva consigo el concepto de la maestría. Nacido al calor del renacimiento moderno, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio y raras cualidades la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen su superioridad indiscutible, á que le han dado derecho los largos años de preciosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus producciones.

Entre las primeras obras que produjo, merecen citarse las dos estatuas de mármol simbolizando la Industria y el Comercio que decoran la fachada del Banco de Barcelona, modeladas en colaboración con su hermano Venancio, y ejecutadas por indicación del que fué distinguido arquitecto D. José Oriol Mestres, padre de otro artista ilustre é inspirado poeta, Apeles Mestres, gloria también del arte y de las letras catalanas. A partir de aquel periodo, difícil es enumerar todas sus producciones, tal es su cuantía, limitándonos á mencionar de entre ellas la hermosa estatua ecuestre de D. Jaime I que decora una de las plazas de la ciudad del Turia; el mausoleo de la vizcondesa de Corbalán; el Segundo Misterio y el Apostolado existente en Montserrat; la estatua de *Ecerfogénis vencido*, que se conserva en el Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú; *Jesús yacente*, *La Caridad*, una alegoría de la Música, y otras y otras que sirven de preciado adorno en aristocráticas mansiones.

Mención especial hemos de hacer también del modelo del monumento, modelado en cera, del inmortal autor del *Quijote*, obra ejecutada por el artista en sus últimos años, concebida con todo el entusiasmo que le merecía el autor de aquella obra magistral, preciada gloria de la patria literatura.

Respetado por sus compañeros y estimado y querido por sus amigos, dejó de existir rodeado de su familia, sin dejar tras sí rencores ni tristezas. Murió como lo que fué, cual el justo; aspirando á gozar de ese descanso eterno en el que sólo pueden confiar los que han cumplido noblemente una misión. Y

justo es consignar que Agapito Vallmitjana deja el grato recuerdo de sus méritos como artista, de sus bondades como hombre y de sus afecciones nobles á su familia y amigos.



MONUMENTO Á CERVANTES, obra de Agapito Vallmitjana

Dencanse en paz y séanos permitido ofrecerle estos renglones como testimonio de nuestra admiración y de nuestra simpatía.

A. GARCÍA LIANSÓ.

LOS PRÍNCIPES DE GALES EN LA INDIA

«El eslabón más fuerte de la cadena que une a la India con el imperio británico—ha escrito un notable publicista inglés—es su lealtad, no al gobierno, no al pueblo inglés, sino al trono de Inglaterra. Así lo reconoció lord Beaconsfield cuando aconsejó a la reina Victoria que adoptase el título de emperatriz de la India; y así lo reconoció también implícitamente lord Curzon, de quien se ha dicho que es el más asiático de los estadistas ingleses, al revestir de gran pompa el acto de la proclamación del rey Eduardo VII como emperador de la India, efectuado en Delhi, en 1903.»

Los soberanos ingleses, comprendiendo la verdad de este hecho, han comprendido también que el mejor modo de mantener y fomentar esta lealtad es ponerse en contacto con las poblaciones y príncipes indígenas de aquel vasto y rico territorio; y como sus deberes constitucionales, dada la distancia a que están situados aquellos dominios, no les permiten visitarlos personalmente, envían allí a quien con más autoridad puede representarlos.

Así, por delegación de su madre la reina Victoria, el actual rey de Inglaterra visitó hace treinta años la India; así ahora, Eduardo VII ha enviado allí al príncipe de Gales, acompañado de su esposa.

Los príncipes salieron de Londres el día 19 de octubre, y en Dover tomaron el vapor *Invicta* que los condujo a Calais, en donde un tren especial los llevó por la vía de París a Génova. Allí se embarcaron en el buque de guerra inglés *Renown*, en el que han hecho la travesía hasta la India.

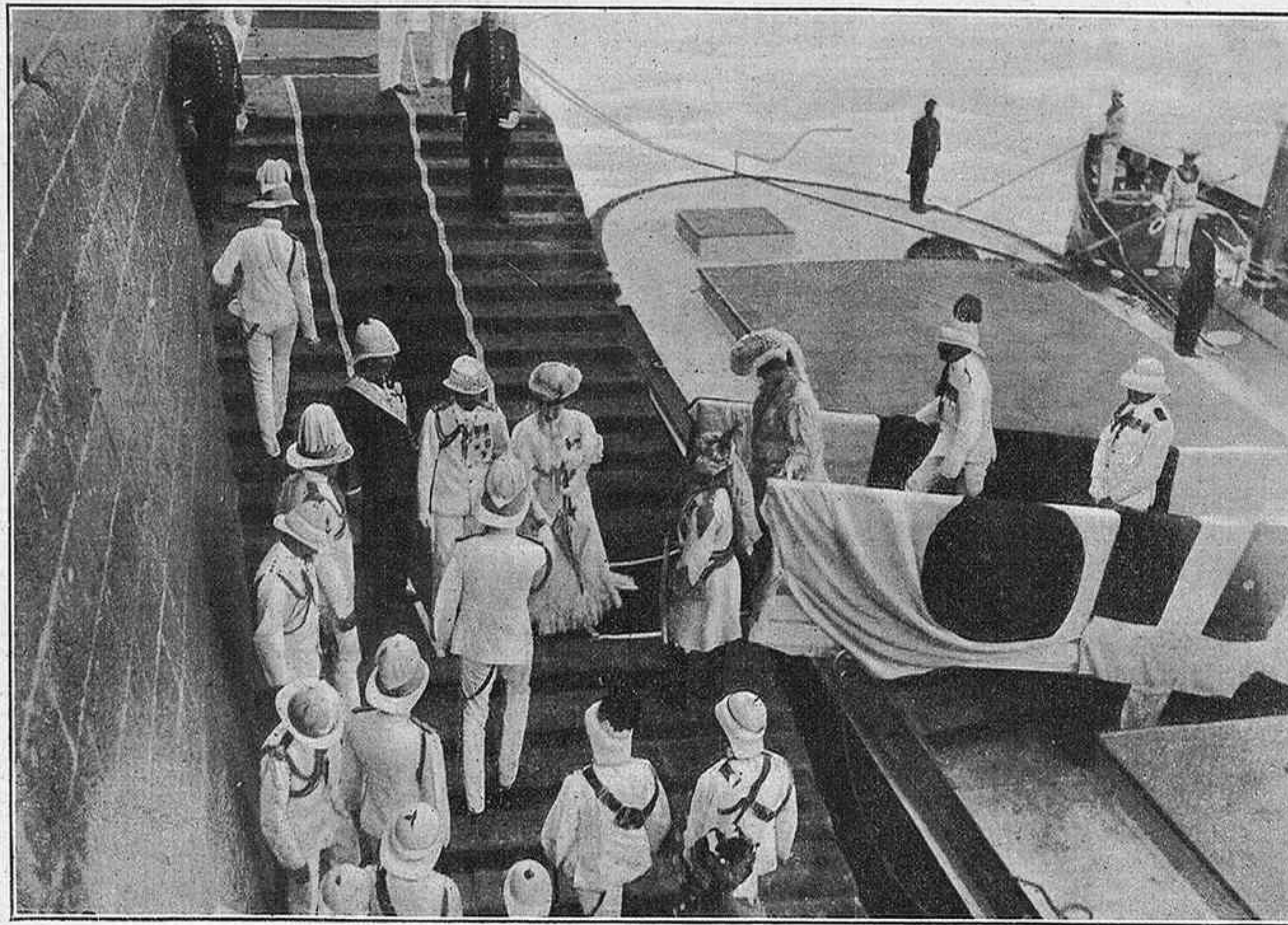
El día 9 de noviembre llegaron los príncipes a Bombay, siendo recibidos con gran pompa y entusiasmo por toda la población, que acudió en masa a presenciar el paso del suntuoso cortejo. Al día siguiente recibió el príncipe en el palacio del gobier-

La entrada en Jaipur, el 12, revistió extraordinaria pompa. Los príncipes fueron recibidos por el maharaja, acompañado de sus generales y de los sirvientes de su Estado, y la carrera que recorrió la comitiva estaba cubierta por las tropas indígenas, vestidas con los más variados y pintorescos uniformes y entre las cuales se destacaban los soldados montados en elefantes.

El viaje que están realizando los príncipes de Gales es realmente grandioso, puesto que abarca toda la India. El área que recorrerán los reales viajeros mide 1.350.000 millas cuadradas; la que recorrió el actual rey en 1875-76 no pasó de 1000.

He aquí el itinerario que han de seguir los príncipes: el día 9 llegaron, como hemos dicho, a Bombay; el día 15 llegaron a Indore, el 18 a Udaipur, el 21 a Jaipur, habiéndose detenido antes en Ajmere, único territorio de aquellos vastos dominios británicos que tiene un gobierno indígena; el 24 a Bikanir, el 28 a Lahore, el 2 de diciembre a Peshawar, la ciudad más septentrional de la India inglesa. Desde allí descenderán nuevamente hacia el Sur y estarán en Jammi el día 9, en Amritsar el 11, en Delhi el

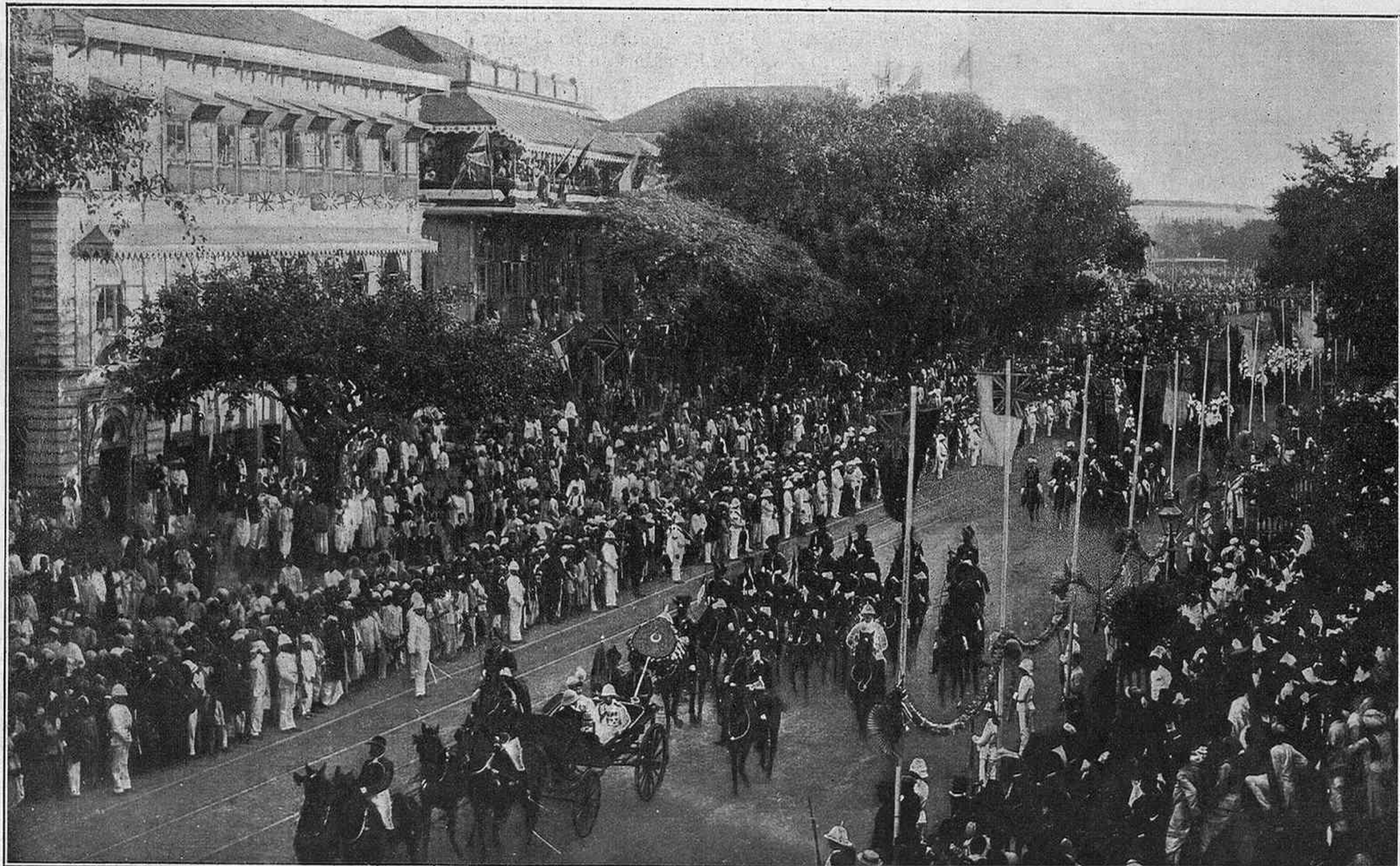
12, en Agra el 16, en Gwalior el 20, en Lucknow el 26, en Calcutta el 29 y en Darjelling el 7 de enero de 1906. De allí regresarán a Calcutta y el 9 se embarcarán para Rangún (Indo-China), de donde volverán al continente indio, desembarcando en Madrás el 24. Visitarán el 29 Bangalore, el 7 de febrero Mysore, el 8 Hyderabad, el 16 Ellora, el 18 Benarés, el 20 Nepal, situada en el extremo Este, el 22 Quetta, en el extremo Noroeste, y el 27 Karachi, desde donde emprenderán su regreso a Europa.



VIAJE DE LOS PRÍNCIPES DE GALES A LA INDIA. — LLEGADA DE LOS PRÍNCIPES A BOMBAY EL DÍA 10 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

no a los jefes indígenas, concediendo a cada uno de ellos quince minutos de audiencia.

El día 11 el príncipe de Gales puso la primera piedra de un nuevo museo que se erigirá en memoria de su visita, y por la noche hubo gran recepción en el palacio del gobierno. El día 12 lo dedicaron los príncipes al descanso; el 13 devolvieron las visitas a los jefes indígenas y presidieron la ceremonia de colocación de la primera piedra para un nuevo muelle, y el 14 salieron de Bombay.



VIAJE DE LOS PRÍNCIPES DE GALES A LA INDIA. — ENTRADA DE LOS PRÍNCIPES EN BOMBAY. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

ACÉMILA, CUENTO POR SEBASTIÁN GOMILA

No era nada alardoso el galán en quien Pepa fijó los tiros; más bien podía decirse que, si algo atrayente había en él, guardábalo tan oculto que resultaba difícil dar con la maravilla. Y así no era de extrañar que la garrida hembra, gala del lugarejo, bautizara de rondón con el apodo de *Acémila* al buen hombre, indudablemente más hecho á las tareas rústicas que á las finezas y encantos con que soñara la reina absoluta de Costaleda.



De entonces acá tiraba á dos blancos

Y en Costaleda, más que pueblo, especie de alcazaz para aves chinchorreras que se pasaban los días comiendo y cacareando, la afición de *Acémila* por la muchacha era cuento de nunca acabar y motivo de holgorio.

Algunas veces se asuró el sujeto; pues, aunque al parecer bodoque, no se le escapaba el ser objeto de befa entre aquella bahorrina; y si ahormó la conducta á la conveniencia, fué porque el instinto le persuadió de que no á bufidos se conquistan quere-res, ni es de absoluta precisión el hojear libracos para aprender ciertas cosas. En el arsenal de la popular sabiduría se hallan á mano, ó en punto de ser apreciadas cuando menos. En ese arsenal se encuentra el aforismo que asevera una gran verdad: *nadie estudia para tonto*.

Por aquello otro de que *quien se pica, ajos come*,

no quiso *Acémila* denotar la contrariedad y el amohino, con todo y el crecer de la chungá; llegando el caso de fuerza de voluntad que la copla expresa:

día plantar cara á aquel dengue por quien Pepa agotaba las zirigañas y de quien nunca podía esperar cosa buena. Pero lograr por la fuerza lo que se

*y por no poder llorar
me río del sentimiento.*

Esto hacía, reirse al parecer, aunque sangrara por dentro, como quien dice.

El verano anterior, había ido á Costaleda el sobrino del cura, joven cortesano, de finas maneras y de algún rumbo. El tal se arrimó á aquella flor que descollaba entre el plantaje, la verdad sea dicha. Y la moza..., pues la moza se hizo de miel, y soñó en fortunas. De entonces acá tiraba á dos blancos: al gañán, loco perdido por ella, con burlas y desdenes; al señorito Obdulio, que volvía al poblado, con zalemas y ardides. Y el coso, el imbécil vulgo, dicho se está que, si bien acallaba de una parte la envidia, de otra refocilábase con las murrias impuestas al formidable *Acémila*; que es cosa usual en todo lugarejo destinar una figura, la que sea, á pasto de las bajas pasiones.

Acémila no era tan zonzó que no se percatase del sesgo. Lamentólo en el alma; mas hizo presto su composición de lugar. Con aparecer carrasqueño y testarrón, nada iría ganando; con valerse de su solidez, mucho menos. Claro es que, á convenirle, po-

podía obtener por la maña, había que descartarlo.

Canturreaban una tarde junto al poyo, al son de vihuelas, varios muchachos y algunas chicas. Pepa figuraba entre *ellas*, y el señorito Obdulio entre *ellos*. El gañán tardaba en aparecer. Pero apareció en lo más recio del bullaje.

El sobrino del cura atacó una copla, improvisada, terminándola con un dicharacho:

«Date tono, Mariquita,
te persigue un zapatero.»

A *Acémila* se le antojó hacer suya la indirecta. Mas, no resolvió. Sólo hizo un gesto, como quien se traga una piidora.

Pepa entonó un cantar:

El sueño tengo perdido
y no sé dónde buscarlo;
si lo busco en el olvido,
el olvido, ¿dónde hallarlo?

Jaleáronlo todos, y los *olés* de Obdulio atronaron la atmósfera.

—¿No cantas tú?, dijéronle á *Acémila*.

—Canto, dijo secamente.
Y lo hizo así, pausado y grave:

No pongas nunca los ojos
en saco de oro pesado
si te han de faltar las fuerzas
para cogerlo y llevarlo.

Terminó sonriéndose, con un ademán estoico, clavando sin querer la mirada en el señorito.

No hubo risas, y se acabó el canturreo con la llegada del cura, que iba á darse una vuelta como de costumbre los domingos.

—¿Qué hacemos?, dijo una voz.

—Disolver la reunión por de pronto, respondió otra.

Unos temieron tal vez que la cosa acabara mal; otros pensaron mejor que la mirada de *Acémila* cortaba aquel día todo intento de zumba.

—¡A la ermita, á la ermita!, exclamaron varios.

Estaba situada ésta en un pico, á una media legua del lugar, viaje todo en cuesta empinada, casi abrupta. La devoción no lograba apenas al sacrificio de la visita á la Virgen milagrosa, gala del contorno; sólo en casos extremos, de voto ó promesa, alguien se atrevía á ir, echando los bofes; tal era de costoso el camino.

Pepa, en animada plática, había mentado antes el santuario, con indicación de formal promesa, á salirle bien ciertas cuentas. Y el señorito, solazándose con la idea de que todo aquello iba por él, había asentido. No faltó quien se lo dijera al gañán oportunamente; y acaso en la copla suya apuntó la malicia en ese sentido.

—De éstos, dijo el cura por los hombres, no diré que no suban; pero de vosotras, ¿cuál se atreve á llegar?..

Y las miró socarronamente.

—Llegamos; y llega, de ellas, la que quiera, como venga con nosotros, afirmó el sobrino.

—Mucho decir es, señorito Obdulio, interrumpió *Acémila* afectando calma.

—De las muchachas de Costaleda, no habrá una sola que conozca al ermitaño siquiera. Como no hayan ido de pequeñas y llevadas por alguien..., insinuó el sacerdote.

—Pues se las lleva, respondió con jactancia Obdulio. ¿Para qué somos hombres?..

—Eso digo yo, contestó el mocetón medio guaseándose.

—Pepa ofreció ir..., ella sabrá por qué. Mas en asuntos de conciencia, ¿cómo no satisfacer la ambición, si la reclama el alma?

—¡Pos al tormo, si es así que se atreve!, recalcó el muchacho.

Y dirigiéndose de pronto á la hembra, interrogó:

—¿Tú quieres ir?..

—¡Palabra!

La soltó como abofeteándole y rematando con una risotada. Había jactancia, despego y tontuna á la vez.

Acémila sintió algo muy hondo parecido á un alfilerazo en las entrañas. Pero se mantuvo frío, disimulando, mordiéndose la lengua y echando en un puntito de mate palidez por el rostro toda la hiel que tragara en un segundo.

—¡Adelante, el que quiera!, se contentó con decir.

Y echaron á andar; de los hombres, los más; de las mozas, las menos.

Efectivamente, el camino era endiablado; pedregoso en unos sitios, sin rastro visible en otros. Las lluvias, azotándolo, dejaban acá y allá desniveles, veredas imposibles, soluciones de continuidad tremendas. En algunos puntos resultaba casi inaccesible.

La comitiva marchaba á lo primero alegre. No iría mal la visita, siquier no fuese con gran ceremonia, para impetrar un buen resultado en la siembra. De dos años acá, ó la sequía ó el pedrisco habíanla malogrado en parte. Los mozos soltaban lindezas; las chicas reían los dichos. Empero, la curiosidad picaba del lado de aquel duelo oculto, aquella de-

sazón entre Pepe y *Acémila* reflejada por la figura del galante Obdulio.

¡Cuidado que aquél parecía otro!.. Tal era su actitud, que un no sé qué chocante mantenía alejado el menor asomo de chulería.

Y subieron, subieron... Pero ¡ay!, la cuesta había que verla así, paso tras paso y con aquel empeño. A mitad desistieron tres de las chicas y uno de los hombres. Obdulio andaba ya fatigosamente, como

Entonces sí que la mirada de *Acémila* tomó tonos de fuego. Duró unos segundos, clavada en la del señorito, cual si quisiera con ella atravesarle.

—¡Pues si llega!, rugió más bien que dijo.

Y súbitamente, con sorpresa de todos, sin dar tiempo á nada, se fué á la muchacha con impetu, la tomó en brazos y echó cuesta arriba, sin gran dificultad, animoso y risueño...

Pepa, instintivamente, se aferró á su cuello; no protestó. La protesta, si estuvo á punto de nacer, abortó con la admiración de un lado, con la vergüenza de otro... Ella se había burlado malamente de aquel hombre. ¡Y aquello sí que era ser todo un hombre!..

Arriba, arriba fueron; acá salvando un peligro, allá apartando zarzales, acullá tembleteando á la fuerza. Pero llegaron. ¡vaya si llegaron!..

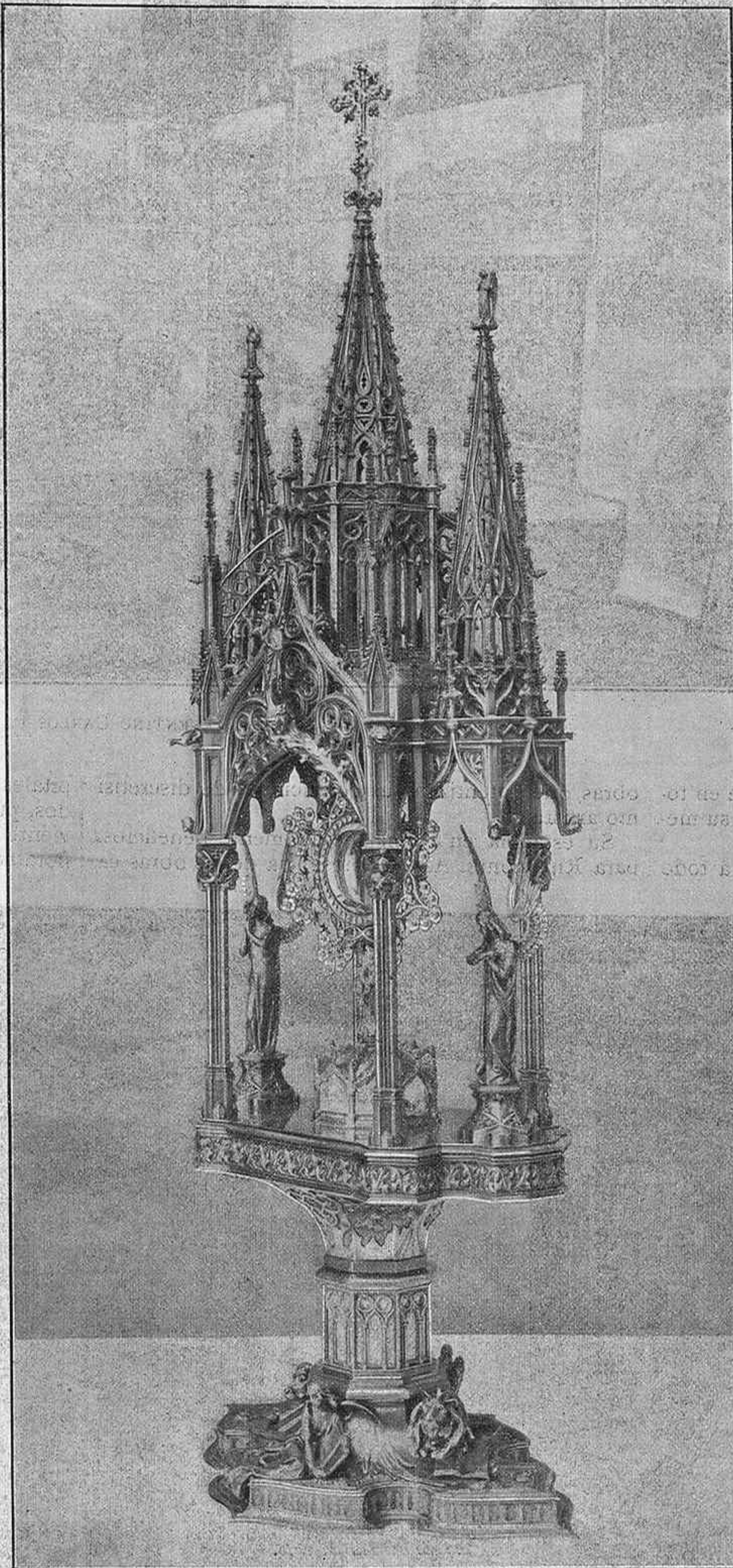
La soltó al pie de la capilla, ante la veneranda imagen.

—¡Pídela lo que quieras!, exclamó *Acémila* suspirando.

—¡Perdóname!, fué la respuesta única.

Y rodaron unas lágrimas al suelo cuando Pepa se arrodilló contrita.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Custodia monumental construida en los talleres de los Sres. Hijos de F. de A. Carreras, de Barcelona, y ofrecida por el albacea testamentario de D. Ricardo Roca y Molina, por disposición de éste, á la parroquia de la Purísima Concepción de esta ciudad.

empujado y á golpes; miraba de vez en cuando á Pepa, cual si quisiera tomar alientos. Ésta empezaba á desfallecer; moviala, no obstante, el puntillo. *Acémila* trepaba silencioso, parando cuenta, más que en la fatiga, en borrar un gesto diabólico que amenazaba descubrir su ánimo...

Y vino la de perder. Pepa se ahogaba; el señorito iba jadeante; los más parábanse indecisos.

—¿Llegarás?, dijo el labrantín á la moza.

—¡Palabra!, repitió, aunque con menos acritud.

Y embistió de nuevo; pero ya á punto de no poder más.

—¡No, no llega!, objetó á poco balbuciendo Obdulio, parándose y buscando sin duda un desistir áiroso.

UNA OBRA NOTABLE

DE ORFEBRERÍA

La hermosa custodia que adjunta reproducimos, y que es una verdadera joya de orfebrería, ha sido construida en los talleres de la antigua y con justicia reputada casa de los Sres. Hijos de F. de A. Carreras, de esta ciudad, por encargo del albacea testamentario de D. Ricardo Roca y Molina que, en cumplimiento de la voluntad de éste, la regala á la iglesia parroquial de la Purísima Concepción.

Mide esta custodia un metro de altura y en conjunto forma un artístico templete de estilo ojival modernizado con exquisito gusto.

Sobre macizo pie álzase una columna octágona que sostiene el esbelto templete, decorada con series de floridos arcos que se destacan sobre un fondo de esmalte azul translúcido. En la base de esta columna se ven los símbolos de los cuatro Evangelistas; en el capitel, hay los escudos de Cataluña y de San Jorge, orlados de floridos cardos.

Esta parte sostiene la plataforma, que repite en mayores proporciones la forma lobulada del pie y en la que descansa la custodia propiamente dicha.

Cuatro esbeltas columnitas cuadrilobadas, coronadas con capiteles miniaturados con asuntos del símbolo eucarístico, sostienen nervuda bóveda con intradoses de oro bruñido, encima de la cual se yergue una esbelta aguja calada apoyada entre cuatro airoso arbotantes. A ambos lados del cimborrio central sendos graciosos resaltes cobijan espirituales figurillas de ángeles orantes, de alas abiertas formadas de transparente esmalte. Encima del arco frontero descansa la imagen de la Purísima. Remata la cúspide de la aguja central una rica cruz sembrada de brillantes y ostentando en medio un precioso rubí de color intenso.

El viril forma una custodia en miniatura; su pie ochavado aloja escenas de

la Pasión, presididas por la de la Institución de la Eucaristía en esmalte pintado. Indican el nudo en el centro del árbol cuatro hermosas piedras, de entre las que se destaca un precioso brillante de gran tamaño é intensísima luz. Constituye el viril una gran rosa compuesta de trebolados de pétalos de flores de transparente esmalte purpurino, encuadrando cada uno un brillante. Flameantes arcuaciones totalmente sembradas de rubies, zafros y esmeraldas acaban de formar el digno relicario de la Sagrada Hostia.

Tal es la magnífica obra de orfebrería, en la cual no se sabe qué admirar más, si la riqueza ó el arte y el gusto admirables con que los artistas la han concebido y ejecutado.—X.



CARLOS P. RIPAMONTE
Y TOLEDO

Forma parte el inteligente pintor argentino Carlos P. Ripamonte y Toledo de esa pléyade de jóvenes artistas que animados de un nobilísimo empeño dedican todas sus energías y aptitudes en favor de la cultura de su país, creando en Buenos Aires un centro artístico que cumpla la elevada misión de ejercer su influencia en todas las manifestaciones de la producción, formando en cierto modo escuela, cual acontece en todos los pueblos que aspiran a progresar y a su mejoramiento.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que, atenta á todo cuanto pueda estrechar los vínculos que nos unen con las naciones de la América latina, se ha complacido en publicar en distintas ocasiones obras de artistas americanos, se honra hoy publicando el retrato y una muestra de la producción del citado artista argentino.

Pensionado por el gobierno de la República Argentina, trasladóse Ripamonte á Europa, después de haber dado muestra en su patria de cuanto podía esperarse de sus aptitudes y recomendables condiciones, si éstas podían avalorarse por el estudio y el conocimiento profundos de las producciones de los grandes maestros.

Durante el período de su peregrinación artística, entregóse con verdadero afán, con decidido empeño, á vencer dificultades, no dejándose seducir ni alucinar por los lisonjeros resultados que iba obteniendo, por los aplausos ni las alabanzas, recorriendo con seguro paso la senda que emprendiera, sin subordinar su labor á los cánones impuestos por las escuelas ó tendencias dominantes, limitándose á aprovecharse de las enseñanzas que unas y otros podían reportarle. De allí que haya podido, en tan breve espacio de tiempo, alcanzar el buen concepto que merece y producir



RETRATO Y ESTUDIO DEL PINTOR ARGENTINO CARLOS P. RIPAMONTE Y TOLEDO

obras que patentizan sus condiciones de discretísimo artista.

Su estancia en Roma fué altamente beneficiosa para Ripamonte. Allí, en presencia de las obras ca-

pitales del arte, rodeado de compañeros distinguidos, pudo afirmar sus inclinaciones, rindiendo ferviente culto á la naturaleza. Muestra de ello es el notable cuadro que podemos dar á conocer á nuestros lectores, que sin duda contribuirá á aumentar la reputación y la nombradía de que goza Ripamonte.

Terminado su pensionado, hállase ya de regreso en Buenos Aires, su ciudad, en donde podrá demostrar cuán acertada fué la protección que le dispensó el gobierno argentino, que si continúa inspirándose en tan sano criterio, logrará en plazo breve comenzar el período del movimiento artístico nacional, propio y distintivo, cual el que poseen los Estados que actualmente figuran en las avanzadas de moderno progreso.

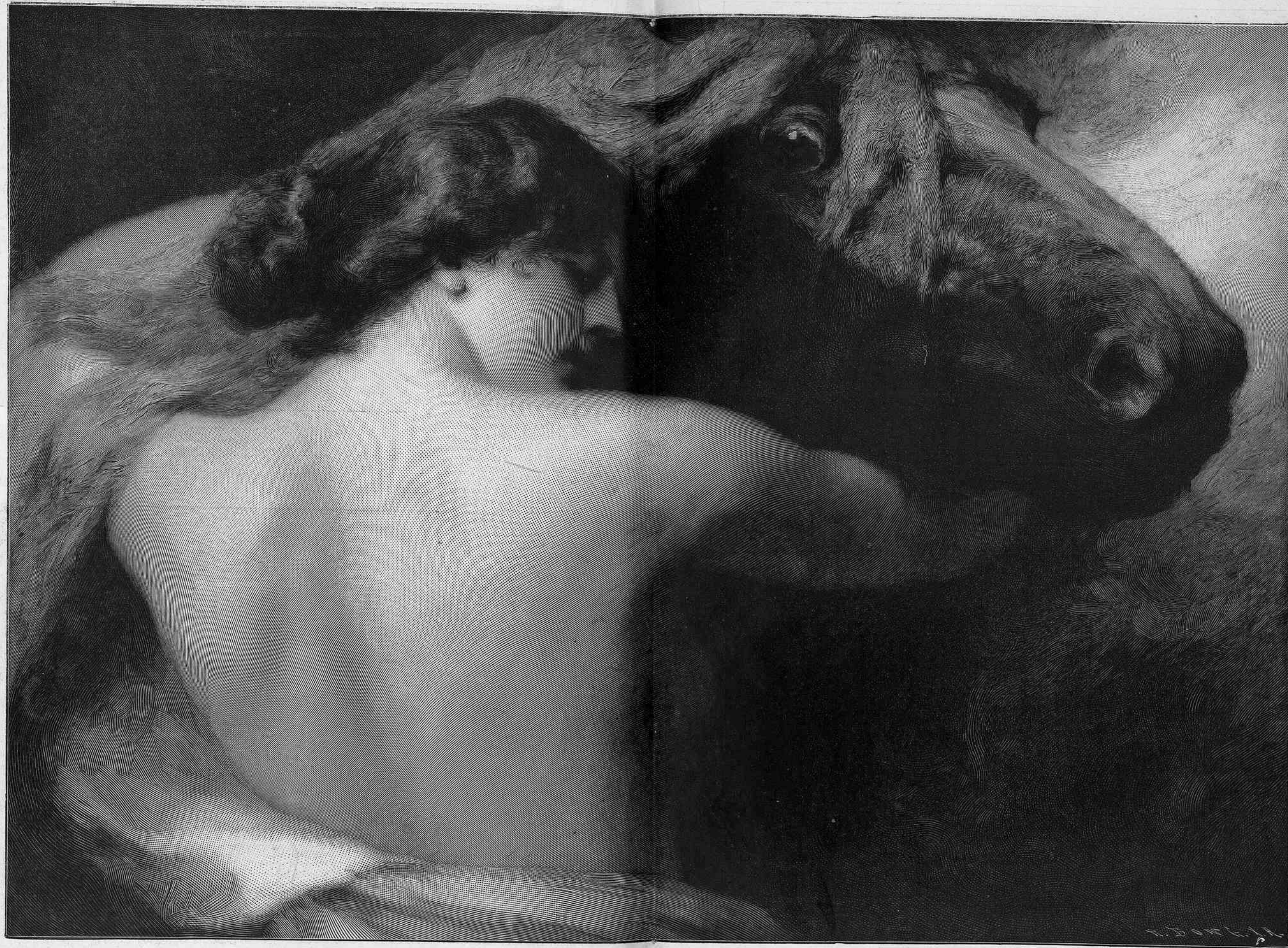
La vista del taller de Ripamonte, en donde se ven algunas de sus obras, permite formarse concepto de las diversas aptitudes del pintor, que cultiva con igual éxito la figura, el paisaje y el retrato.

Réstanos tributar nuestros plácemes al ya distinguido artista por sus adelantos y por haber correspondido cumplidamente á las esperanzas que hiciera concebir, haciendo fervientes votos para que pronto podamos aplaudirle y para que, en unión de sus compañeros, contribuya por medio de sus obras al engrandecimiento y á la glorificación del arte patrio.



INTERIOR, cuadro de Carlos P. Ripamonte y Toledo

A. G. LLANSÓ.



WALKIRIA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE FERNANDO KELLER, GRABADO POR RICARDO BONG



LA DEMOSTRACIÓN NAVAL DE LAS POTENCIAS CONTRA TURQUÍA. — PANORAMA DE MITILENE, OCUPADA EN 27 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO POR LAS FUERZAS DE LAS POTENCIAS COLIGADAS. (De fotografía de V. Gribayedoff.)

LA DEMOSTRACIÓN NAVAL DE LAS POTENCIAS CONTRA TURQUÍA

Del mes de mayo data la primera reclamación formulada por indicación de Inglaterra contra Turquía á propósito de la intervención financiera en Macedonia, reclamación que ahora se ha convertido en demostración naval de las potencias. El origen de este acuerdo es el siguiente:

Cuando, después de largas negociaciones, la Sublime Puerta se decidió á aceptar el programa austro-ruso de reformas de Macedonia, Austria y Rusia enviaron allí agentes civiles y las demás potencias oficiales de gendarmería. Pero no había modo de que hubiera gendarmes por la sencilla razón de que no había fondos para pagarlos, puesto que los ingresos de Macedonia desaparecen como el resto de los ingresos turcos en el abismo sin fondo del tesoro otomano. En vista de esto y para que las

tiva. Insistieron los embajadores, y el gobierno otomano no cedió; vinieron luego las amenazas, que tampoco lograron éxito alguno, y al fin ha sido preciso apelar á la acción, es decir, á la demostración naval y á la ocupación de Mitilene que, según parece, ha convencido al Sultán de que esta vez la cosa iba de veras.

Cierto que el soberano turco, en su última respuesta, dió á entender que la demostración naval podría traer como consecuencia un desencadenamiento de las pasiones anticristianas en aquel imperio; pero las potencias no hicieron caso de esta amenaza indirecta y los hechos han venido á probar que hicieron bien, pues la demostración se ha llevado á cabo sin que las pasiones anticristianas se desencadenaran, y el día 27 de noviembre se realizó la ocupación de Mitilene sin resistencia alguna y sin que tal acto diera lugar á desorden alguno en Turquía.

Francia ha tomado parte en la demostración naval con un acorazado, un crucero y un cazatorpedero; Inglaterra con un acorazado, un crucero y un contratorpedero; Austria con un crucero acorazado y un crucero; Italia con un crucero acorazado y un cazatorpedero.

La ciudad de Mitilene, ocupada por las potencias, es la capital de la isla de su nombre, situada en el mar Egeo y dependiente de la provincia turca de Yedsari-Bari-Sefid, y tiene una población de 20.000 habitantes, en su mayoría griegos.

En los centros diplomáticos se cree que el sultán no tardará en acceder á la reclamación de las potencias, aunque pidiendo algunas modificaciones de forma que en nada alterarán el fondo de las condiciones impuestas por aquéllas.

WALKIRIA, CUADRO DE FERNANDO KELLER

(Véase la lámina de las páginas 800 y 801)

Fernando Keller, el eminente pintor badense, figura entre los más importantes y celebrados pintores decorativos de Alemania, y sus pinturas murales de Karlsruhe, Heidelberg, Stuttgart, etc., entre otras, justifican la fama que en este género se ha conquistado. Sus cuadros *Sueño de brujas*, *La resurrección de la hija de Jairo* y *En la fragua*, que hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y el que reproducimos en el presente número permiten formarse cabal concepto de su estilo grandioso, del vigor de su pincelada, de la corrección de su dibujo, cualidades que se admiran en todas las obras, de los más diversos géneros, ejecutadas por el insigne artista, que desde hace muchos años es director de la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart.

MARIANO PERELLÓ

En dos conciertos dados recientemente, uno en la «Asociación Wagneriana» y otro en el Teatro Principal, ha demostrado el joven y notable violinista barcelonés Sr. Perelló las excepcionales dotes que posee de concertista en tan difícil instrumento. Su arco, manejado con seguridad admirable, ataca con firmeza las cuerdas, y ora arranca de ellas notas impregnadas de sentimiento, ora ejecuta con facilidad pasmosa los pasajes más difíciles. Haydn, Mozart, Max Bruch, Mendelssohn, Schumann y Vieuxtemps han sido los maestros cuyas obras ha escogido para los dos mencionados conciertos, y bien puede afirmarse que ha sabido interpretar perfectamente los diversos géneros que cada uno de ellos representa en la historia de la música, obteniendo calurosos aplausos en la ejecución de todas ellas.

Mariano Perelló cuenta actualmente veinte años. Comenzó el estudio del violín á los doce con el maestro Solá y fué luego discípulo del maestro Crickboom; recientemente ha permanecido dos años en Bruselas perfeccionando sus estudios bajo la dirección de este último.

Hoy Perelló no es una esperanza; es un artista en toda la extensión de la palabra; tiene excelente escuela, sentido musical, ejecución fácil, y con estas cualidades no es aventurado asegurarle una carrera brillante.

Espectáculos.—PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en la Renaissance *L'Espionne*, comedia en cuatro actos de Victoriano Sardou; en la Gaité *Les Oberlé*, comedia en cinco actos de Haraucourt, tomada de la novela del mismo título de Renato Bazin; en el Ambigu Comique *La grande famille*, comedia en seis actos de Alejandro Arquilliere; en los Bouffes-Parisiens *Filles Jackson et Cie*, fantasía bufa en tres actos de Mauricio Ordonneau, con música de Justino Clerice; en el Athénée *Triplepatte*, comedia en cinco actos de Tristán Bernard y Andrés Godfernaux; en el Palais-Royal *Une Revue au*

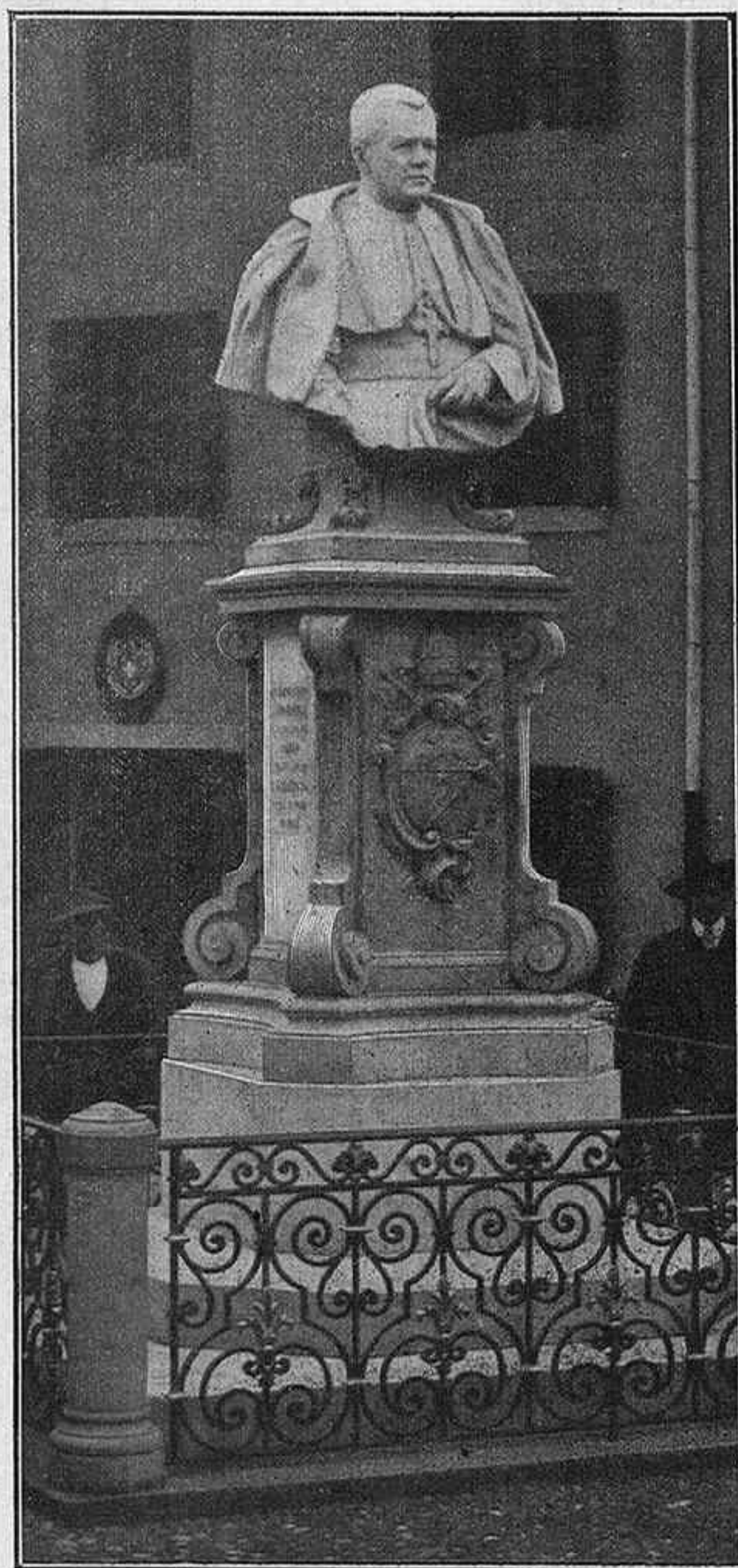


El notable violinista MARIANO PERELLÓ, que recientemente ha dado con gran éxito dos conciertos en la «Asociación Wagneriana» y en el teatro Principal de esta ciudad.

Palais-Royal, revista en 10 cuadros de Pedro Veber y Victoriano Vely; y en el Vaudeville *La cousine Bette*, comedia en cuatro actos, tomada de la novela del mismo título de Balzac, por Pedro Decourcelle y Granet.

BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Un cop d'Etat*, comedia en un acto de J. Pous y Pagés, y en Novedades *El caballo de batalla*, propósito cómico-lírico en un acto y cuatro cuadros de Enrique López Marín, música del maestro Arnedo.

Asociación Wagneriana.—En esta asociación se ha dado una audición interesantísima de obras corales de Schubert, habiendo ejecutado con mucho acierto el «Orfeo Barcelonés» que dirige el maestro D. Pedro Serra y que está formado por 130 coristas (señoritas, hombres y niños) el *Canto de los espíritus sobre las aguas*, letra de Goethe, coro para ocho voces con acompañamiento de violas, violoncelos y contrabajos; el *Nocturno en el bosque*, letra de Seidel, coro de hombres á cuatro voces con acompañamiento de cuarteto de trompas; y *Canto de victoria de Mirjam*, letra de Grillparzer, gran coral mixto por las tres secciones del *Orfeo* y solo de soprano por la señorita Serra, con acompañamiento de piano, armonio y orquesta de cuerda. La letra de las tres composiciones ha sido perfectamente traducida del alemán y adaptada á la música por D. Javier Viura y D. Joaquín Pena.



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DEL PAPA PÍO X EN RIESE, SU CIUDAD NATAL (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

reformas pudieran llevarse á cabo, estimóse necesario vigilar la recaudación de los impuestos, dedicándolos en primer término á las necesidades de Macedonia. La primera nota de los embajadores, redactada en tal sentido, quedó sin respuesta; formuláronse otras que no obtuvieron mejor resultado, hasta que en 14 de octubre último la Puerta contestó con una nega-



NOVELA DE JOSEPH L'HOPITAL. — ILUSTRACIONES DE GEORGES SCOTT

I

La columna se extendía en pleno sol y envuelta en polvo. Los soldados, cansados ya antes del alto, habían vuelto a echar a andar sin el reposo suficiente, con el estómago lleno de vino y las piernas entumecidas. Desde entonces, hacía dos horas que estaban andando, y tenían que andar otras dos para completar la etapa. Los quepis, echados hacia atrás, descubrían unas caras enrojecidas por el calor; los zapatos rozaban el camino, y las canciones iban siendo lánguidas. A cada momento resonaban las voces de mando: «¡Marquen el paso!.. ¡Alinead por la izquierda!» Y ya más de un soldado, aturdido y asfixiado, había rodado por las cunetas del camino.

En la cuarta compañía, el capitán Guiraud estaba nervioso y trotaba de la cabeza a la cola, haciendo á caballo el oficio de perro de ganado, apostrofando á los rezagados y gruñendo: «Pero esta gente no anda... Es vergonzoso... ¡Adelante, pues, hatajo de holgazanes!» Y se iba después á hablar con el teniente Kerdec, que se tragaba filosóficamente los kilómetros charlando de vez en cuando con el guía de la primera sección, bretón como él, ó poniéndose al lado del alférez Chamereuil, que con la cabeza protegida por un pañuelo, debajo del quepis, como una cubrenuca, arrastraba las largas piernas fumando una enorme pipa. Y el capitán decía con mal humor, al uno ó al otro:

—Esto no tiene nombre... Obligar á una marcha semejante á unos soldados bisoños... Ni que se quisiera sembrarlos por el camino, hasta el último de ellos... Va á ser divertido... Estoy oyendo al coronel: «Capitán, no ha debido usted dejar beber á estos hombres...» Es asombroso el coronel... ¡Eh! ¿Qué hace usted ahí?... ¿Cansado? ¿No tiene usted sangre en las venas, entonces? ¿Soldados de cartón! ¿Por vida del!.. Meta usted el saco en el carro... ¡Vaya! ¡Ahora pierde el conocimiento, es evidente!.. ¡Co-chino sol!

—Llegaremos, mi capitán, decía el teniente Kerdec, llegaremos. Estas insolaciones no valen nada. Los rezagados van á hacerse llevar un poco en carretilla, y nada más. En el primer alto nos alcanzarán, y verá usted cómo hacemos una bonita entrada en Martinville.

—¡Hum!.. Si es así, son unos maulas... En fin, con tal de que lleguemos... Pero, usted, Chamereuil, es asombroso...

—¿Por qué, mi capitán?, preguntó el alférez, que, adelantándose á su sección, se había reunido con ellos á la cabeza de la columna.

—Es asombroso fumar en pipa, así, al sol, con 45 grados de calor. Debe usted estar embrutecido y á punto de caerse...

—Al contrario, mi capitán; la pipa me sostiene. El tabaco me despeja la cabeza. Me sabe á él la boca en lugar del gusto del polvo, y haciéndolo pasar por las narices me doy la satisfacción de no notar que á fuerza de andar, con este calor, empezamos á no oler bien. Diré más; el humo que se desprende de mi pipa tamiza los rayos del sol y me preserva de todo peligro de insolación.

—¡Demonio de Chamereuil! ¡Siempre bromista! Yo no puedo fumar en camino, porque... ¡Diablo! ¡Ahí está el coronel! ¡Cada uno á su puesto, con cien mil de á caballo!.. ¡Alinead!.. ¡Alinead por la izquierda!.. ¡Marcad el paso!.. ¡Una, dos; una, dos!..

Reanimada por la presencia del coronel, cuya silueta ecuestre se erguía al lado del camino, la cuarta compañía levantó los hombros, afirmó las piernas, enderezó el arma en el portafusil y desfiló como un solo hombre.

—Va á meter la nariz en los carros, dijo el capitán Guiraud, y se va á poner insufrible cuando vea dentro á todos esos holgazanes.

—Pues bien, él se encargará de castigarlos, dijo el alférez, que en cuanto pasó el coronel se volvió á incorporar con sus compañeros para charlar.

—¡Demonio de Chamereuil! ¿Quiere usted apostar á que dentro de media hora nos reúne para regañarnos por haber dejado beber á los soldados?

Los dos oficiales cambiaron una mirada de inteligencia. Sabían que al capitán le gustaban las apuestas y que había para ellos grandes ventajas en dejárselas ganar.

—¡Bah! Mi capitán, dijo el teniente Kerdec; creo que se engaña usted. El coronel sabe bien que no se hace una marcha tan larga sin cansar á los hombres y que tres oficiales no pueden impedir que beba á una compañía que se muere de sed.

—Bueno, ¿qué quiere usted apostar, Chamereuil? ¿Un amargo Picón con curaçao para Kerdec y para mí?

—Convenido, mi capitán.

Minutos después, el coronel llegaba á galope á la cabeza de la columna y las cornetas tocaban «alto.» Los oficiales formaron círculo alrededor del padre del regimiento.

—Señores, dijo el coronel, la marcha no va bien. Hay muchos rezagados. No se han cumplido mis órdenes y han dejado ustedes beber con exceso á los muchachos.

El capitán Guiraud dió un codazo al teniente Kerdec, colocado á la orden cerca de él, y cuando terminó el sermón hizo castañetear la lengua.

—Conozco á uno, dijo montando á caballo, que se va á administrar esta noche cierto amargo Picón de balde...

—Y yo conozco á otro que no se tomará más que

uno y pagará tres, dijo Chamereuil encendiendo la pipa.

—Se pagará, señores, se pagará, respondió Kerdec inclinándose.

Y he aquí por qué el capitán Guiraud estuvo de un humor encantador hasta llegar á Martinville.

II

Estaban dando las cinco cuando la tropa se detuvo en la plaza y en la calle Real de Martinville y formó pabellones. Con la tarde, iba subiendo la tormenta; un zumbido continuo sonaba en el cielo; y los rayos del sol, al herir una nube gris que venía del Este, se descomponían en ella en un radiante arco iris, cuya flecha parecía ser el puntiagudo campanario del pueblo.

Los soldados permanecían en dos filas detrás de los pabellones. Dichosos por haber llegado á la etapa y reanimados por la perspectiva del alojamiento, de la sopa y del sueño, se habían vuelto habladores y bromistas é interpelaban á los campesinos y á las mujeres que pasaban mirándolos con expresión de desconfianza. Los oficiales, al frente de las compañías, estaban hablando mientras llegaban los furrioles. El capitán Guiraud, con las riendas enganchadas en el brazo izquierdo, se azotaba una bota con la punta de la fusta, maldiciendo la mala organización de los alojamientos, mientras el alférez Chamereuil, ocupado en destornillar y revisar la pipa, que se había obstruido, le contestaba distraídamente, y el teniente Kerdec, apoyado en el sable, no hacía caso de su conversación y soñaba, con los ojos fijos en el arco luminoso, que palidecía y se borraba á medida que la noche se ponía más gris y que el ruido de los truenos se oía más próximo.

—¡Bonito tiempo!, gruñó el capitán. Esos chuscos acabarán por hacernos poner en salsa; ya lo verán ustedes.

—Es probable, respondió Chamereuil.

Y sopló en la pipa, que dejó oír un pequeño burbujeo.

—Decididamente, siguió diciendo con despecho, tendré que deshollinarla por completo.

—¿De modo que á usted no le importa que echemos raíces aquí?, dijo el capitán, cuya exasperación iba subiendo como la tempestad. No piensa usted más que en su pipa... Es como Kerdec; ¿qué está haciendo ese hombre? Se ha dormido en pie; es evidente.

—No, mi capitán, dijo Kerdec; no estoy durmiendo, sino esperando. Mientras espero, miro la tempestad.

—¡Qué bonito! ¡Mirando la tempestad! Diga usted á la tempestad que se detenga y que haga venir

al furriel... ¡Mirando la tempestad! ¿Y cómo la encuentra usted?

—La encuentro hermosísima, respondió Kerdec.

Y sin hacer caso del honrado capitán, que se había quedado con la boca abierta, volvió á su contemplación.

El arco iris había desaparecido, y la nube, que había pasado del azul obscuro al gris, cambiaba de nuevo de color y de aspecto. Su marcha era ya visible, y al invadir rápidamente todo el espacio, parecía devorar el azul del cielo. Los rayos oblicuos del sol iluminaban con reflejos lechosos las pizarras del campanario, y después, muy cerca del horizonte, chocaban con la nube, cuya base se blanqueaba con aquel asalto de luz. Pero el frente de la tempestad seguía sombrío y formaba como un largo rollo negro, delante del cual volaban nubecillas cobrizas y que avanzaba con majestad siniestra.

Kerdec era un legítimo bretón. Educado en las costas del Morbihán, hijo y hermano de marino, naturalmente religioso, soñador y melancólico, le gustaba aquella espera excitante de la tempestad, aquel eclipse amenazador del día, aquellos resplandores, aquellos rugidos, aquel cielo violento. Pensaba en los hermosos huracanes de su país; en lo bien que aúlla la mar en las rocas cuando la tormenta viene de ella; en lo bello que es, entonces, ver á las mujeres rezar en el calvario de la costa; en la poesía de que se impregnan los sombríos pensamientos cuando ruge el trueno y gime el viento.

—¡Al fin! ¡Ya era hora! ¡Ahí viene ese animal de Lecerf! Llegue usted con mil demonios... ¿Dónde nos alojamos?

El furriel, alto, delgado y de cara lívida, se detuvo con aire lastimoso á tres pasos del capitán y murmuró unas palabras que le hicieron dar un salto.

—¿Qué dice usted? ¿Qué dice usted?, exclamó fuera de sí. ¡Esta sí que es la más negra!.. Señores, ¿creían ustedes haber llegado á la etapa? Eso está bien para los demás, que están ya rompiendo filas. Pero nosotros, la cuarta, la que siempre se fastidia, ¡tres kilómetros que andar todavía!

—¿No nos alojamos en Martinville?, preguntó Chamereuil.

—Dispense usted, mi teniente, dijo el furriel. Nosotros vamos al caserío de la Dolente, dentro del término.

—Mejor..., mejor...

—¿Encuentra usted esto gracioso? Pues yo no, y maldita la gana que tengo de reír... ¿Qué diablos hace usted ahí, furriel?

El furriel emprendió prudentemente la retirada y el capitán Guiraud montó á caballo. En el mismo momento, un blanco relámpago iluminó el sombrío espacio, y un formidable trueno le siguió casi inmediatamente.

—¡Firmes!, rugió el capitán.

III

Caían anchas gotas, lentas y que hacían un ruido mate al caer en el polvo; el indescrutable murmullo, procedente de la nube, iba en aumento; soplaban un aircillo frío, precursor del gran viento que se oía á lo lejos.

El capitán bregaba con su yegua, nerviosa por los relámpagos, y con su impermeable, que no conseguía ponerse. Los soldados, lastimosos, pero resignados, esperaban apoyados en el fusil y echando miradas de envidia á los compañeros de las otras compañías, que pasaban para ir á sus alojamientos. Cuando dieron media vuelta y se pusieron en marcha, se desencadenó el huracán, se levantó una tromba de viento y el cielo se resolvió en lluvia. La infortunada cuarta, andando por el agua y sufriendo un diluvio, salió del pueblo y pronto se encontró en pleno campo.

Los soldados marchaban inclinados los unos sobre los otros para cortar el viento. La lluvia en torbellinos los cubría inexorable, empapaba los capotes, convertía los quepis en esponjas, se deslizaba por los cuellos y golpeaba con furia en los sacos que protegían los hombros. En el camino, convertido en río por la tormenta, la pesada marcha de los hombres hacía salpicar el barro, y el capitán, con la capucha echada hasta los ojos y cabalgando al frente de la columna en una yegua que se espantaba á cada relámpago, parecía una especie de monje fantástico arrastrando condenados al infierno.

El camino iba bajando y haciéndose más pedregoso á medida que la pendiente era más rápida; y el agua saltaba por la cuesta hasta las piernas de los soldados. Un estrecho valle encerrado entre dos colinas escarpadas y calvas se dibujaba vagamente bajo la neblina del chaparrón, y un grupo de grandes árboles formaba en el fondo una mancha más

obscura destacándose sobre el conjunto gris. Al incendio de los grandes fulgores eléctricos, aquellos árboles aparecían de vez en cuando más distintos; y en medio de su verdor, que parecía entonces blanco, un gran tejado puntiagudo se levantaba inmóvil, como una negra roca combatida por la tempestad.

—¿Es, entonces, en ese agujero?, preguntó el capitán al furriel, que iba á su lado para guiar á la columna.

—Sí, mi capitán.

Y á la luz de un relámpago señaló al gran tejado entre los árboles.

—Ese es el castillo de la Dolente.

—¡Bonito nombre y bonito sitio!.. ¿Nos envían ahí para burlarse de nosotros, no es eso?

Y se puso á gruñir entre dientes:

—La Dolente..., la Dolente..., para burlarse de nosotros, le digo á usted.

Entre tanto, la tempestad se iba calmando. Algunos rayos de luz atravesaban las nubes. El viento, como un caballo que agota sus fuerzas encabritándose, no soplabá ya más que por ráfagas distanciadadas, y la lluvia no caía de los depósitos desocupados del cielo más que por gotas lacrimosas seguidas de cortos chaparrones, como últimos esfuerzos de agonía. El agua se precipitaba menos turbulenta por el camino y los pasos de los hombres ocultaban su ruido discreto. Los soldados, regocijados por el apaciguamiento progresivo de la naturaleza, estaban ya cantando cuando apareció en las alturas un poco de azul. Cuando llegaron al fondo del valle hacía ya buen tiempo, pero el aire seguía pesado; la tormenta se había llevado con ella todo el viento hacia el poniente, donde se perdían los truenos en repetidos ecos. La luz era discreta y difusa; una especie de misterio pesaba sobre la tierra, que humeaba, olía bien y se extasiaba en el letargo de las tardes tempestuosas.

La tropa siguió andando por debajo de los árboles, cuyas hojas goteaban con ruidos cristalinos. Los olmos y los sauces, plantados en línea recta en los terraplenes de las acequias llenas de agua, se agrupaban hacia el cielo en atrevidas columnas y formaban una bóveda sombría, verdadero túnel de follaje por encima del recto camino. Y la compañía, bajo las duchas que caían á cada estremecimiento de las ramas, apresuraba el paso hacia un resplandor que se iba agrandando y en el que se dibujaba, más precisa á cada paso, la forma de una muralla.

Llegaron por fin á una plazoleta en forma de media luna, cerrada por los altos muros grises de grandes edificios agujereados en su mitad por una gran puerta de medio punto, á cuyo lado había una porterna. Cerca del bosque y formando semicírculo, enormes olmos varias veces centenarios levantaban sus cabezas estropeadas por los años y coronadas de ramas secas. El suelo estaba tapizado de esa hierba fuerte y amarillenta que crece en los terrenos húmedos no cultivados. Ni una ventana se abría hacia aquella plazoleta, que, en el día que declinaba, tenía un aspecto triste y desolado.

IV

El capitán hizo formar la compañía en frente de la puerta y el sargento furriel llamó á la porterna á culatazos. Respondió un largo ladrido que fué primero furioso y luego más sordo, como cuando los perros se ahogan con el extremo de su cadena. Otros ladridos siguieron al primero, y un mastín, cuyo hocico se veía por debajo de la puerta, tomó parte en el concierto ladrando de cólera.

—¡Qué! ¿No hay nadie en esta barraca?

—Puede ser que esté habitada por perros solos, dijo Chamereuil.

Por fin rechinó un cerrojo y la puerta se abrió, dejando ver un gran aldeano canoso, que se quedó inmóvil y como estupefacto, mirando astutamente la fila de soldados.

—¿Es esta la granja de la Dolente?, preguntó el capitán.

—¿Qué puede importarle á usted?, respondió aquel hombre, que se puso la mano derecha como pantalla de los ojos para ver mejor al oficial.

—Ande usted, Lecerf, enseñe la boleta de alojamiento á este viejo ladino que no parece bien educado. Y dígame usted que abra la puerta, que tiene un aspecto tan amable como él.

El furriel parlamentó un momento con el granjero, que levantó los brazos al cielo.

—¡Anda!.. ¡Bueno!.. ¡Vaya una desgracia!

Y el viejo, á quien la contrariedad ponía locuaz, avanzó hacia el capitán lamentándose.

—No puedo alojar, gemía, no puedo, le digo á usted. ¿Dónde voy á meter toda esa gente, Dios mío? ¿Qué le he hecho yo al alcalde? Es una ven-

ganza increíble una cosa como esta... ¿No habrá sitio en Martinville? Todo esto es para fastidiar á los pobres...

El labriego fué interrumpido por un ruido de cadenas seguido de un agudo aullido. La puerta se abrió, y apareció en el umbral el furriel Lecerf frotándose una pantorrilla y echando pestes. A pocos pasos, el mastín, atemorizado por el puntapié que acababa de recibir, seguía aullando con el lomo arqueado, la cola entre piernas y los dientes al aire.

—¡Bien hecho!, dijo el granjero. Por haber ido á quitar el pestillo de la puerta. ¿No podía yo abrirla? Le ha mordido á usted, ¿verdad?.. Bien hecho; eso le enseñará á usted á vivir. ¡A tu cama, Bijou, á tu cama!

Y al ver que la compañía entraba, volvió á sus lamentos, exasperado por aquel raudal de hombres que corría por su patio. Entre tanto, y mientras los perros ladraban cada vez más, las gallinas cacareaban de terror refugiándose en el estiércol y los patos se revolcaban en el charco, la granjera, fornida hembra, apareció en el umbral de la casa con un conejo en la mano cogido de las orejas.

—Vamos á ver, Sr... Fulano... ¿Cómo se llama ese chillón, furriel?

—Ledrain, mi capitán.

—Sr. Ledrain, enséñenos usted sus locales. Mis hombres están cansados y es tiempo de ponerlos á cubierto.

—¡Mis locales! ¿Qué locales? No tengo ni pizca de sitio para meter gente.

—Ahí tiene usted un granero.

—Está lleno, señor, lleno hasta arriba de grano.

—Tiene usted establos, cuadras...

—¿Y el ganado? ¿Qué hacemos del ganado? ¿Tendrá que dormir fuera el ganado?

—Oiga usted; puede dormir donde quiera, me importa un pito... Mis soldados son antes que sus caballos de usted y que sus vacas...

—¿Cree usted eso, señor capitán? ¿No sabe usted lo delicado que es un caballo?.. ¿No ha visto usted nunca un potro que ha cogido un frío? Y las vacas de leche, ¿sabe usted las precauciones que requieren? Y las terneras, ¿cree usted que se las puede tratar mal?.. Anda, Melia, dile lo que es una vaca á este señor, que quiere hacerlas dormir fuera...

La granjera se aproximó, haciendo sonar los zuecos como castañuelas, y se paró, roja de indignación y balanceando como un péndulo al conejo, que protestaba con movimientos de nariz desesperados y con frecuentes estremecimientos. En seguida se puso á gemir al unísono con su marido. El capitán se tapó los oídos y dió con el pie un golpe en el suelo.

—Es preciso, con todo, que mis hombres se alojen en alguna parte... Que se metan en los pajares, entonces.

—¡Los pajares! ¿Qué quiere usted hacer en los pajares?.. ¿Ve usted aquél, encima de la cuadra de los caballos? Es para el heno, ¿verdad, Melia?.. ¿Ve usted aquél, encima de la cuadra de las vacas? Es para la paja de trigo y la avena. ¿Ve usted aquél, encima del establo? Es para las hierbas frescas de los carneros; guisantes grises, mielgas... ¿Verdad, Melia? Está lleno, mi pobre amigo, dijo fingiendo una tierna familiaridad; está tan lleno, que nuestra gata, que está sin embargo acostumbrada, no quiere dormir allí porque no puede moverse.

—Sr. Ledrain, dijo el capitán más y más nervioso; si quiere usted burlarse de mí, ha escogido mal el momento. Estoy harto, Sr. Ledrain, y también estos señores. Díganos dónde puede alojarse la compañía sin molestarle, ó yo la alojaré molestándole. ¿Ha comprendido usted?

El granjero echó al capitán una mirada aviesa. Vió que no bromeaba y que sus oficiales no tenían tampoco aspecto acomodaticio. Al mismo tiempo observó que su mujer, pasando sin transición de la cólera á la prudencia, se declaraba en retirada precipitadamente y se llevaba el conejo hacia la fatal cacerola. El hombre, pues, se resignó á la dulzura.

—Hay los establos, puesto que los carneros están en el prado, dijo suspirando; y además la casita vieja, en la que no hay más que gallinas.

—Bueno, dijo el capitán, vamos á ver eso.

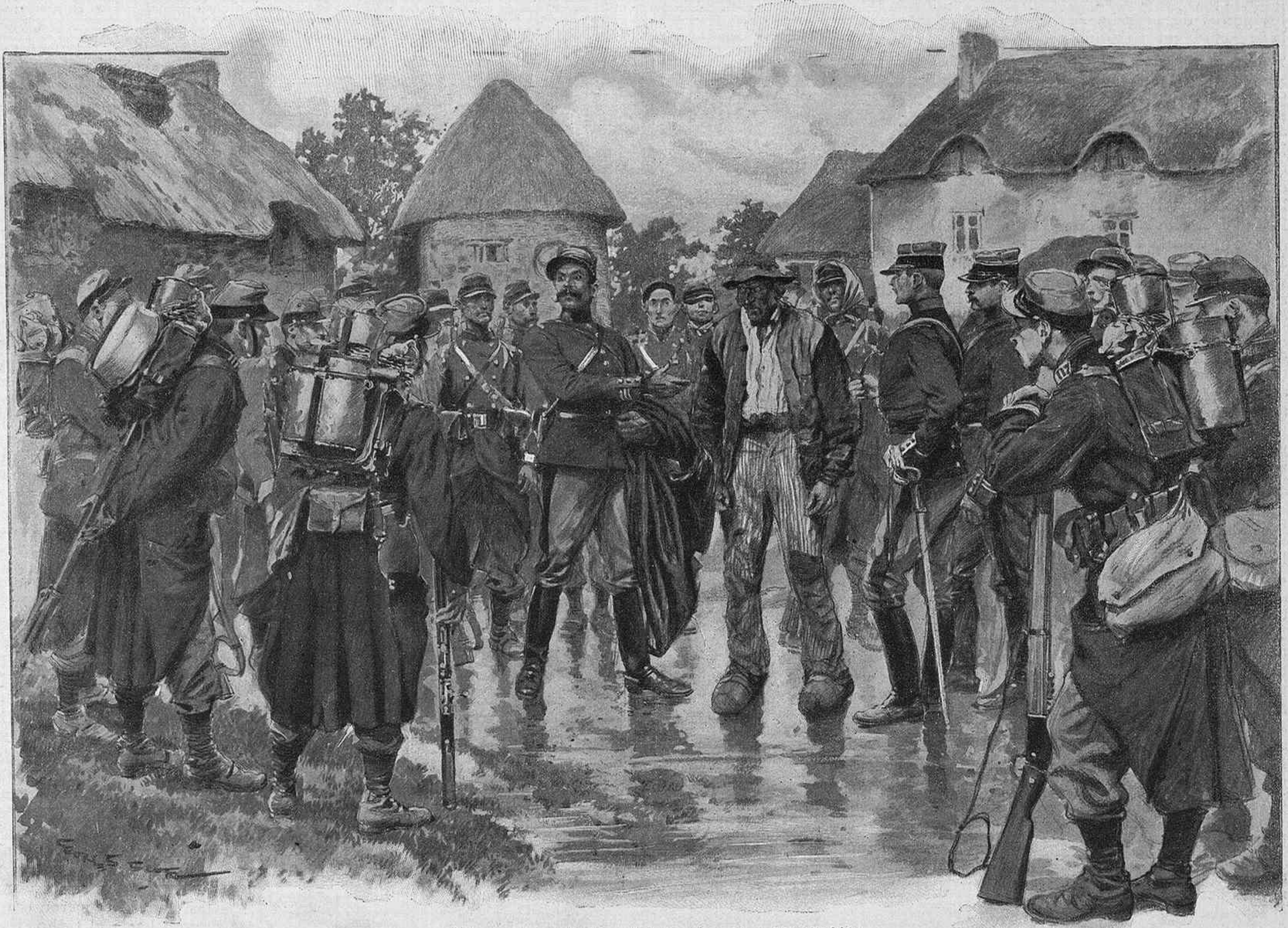
Los establos eran estrechos y con escasas aberturas, y el estiércol de un mes formaba en ellos una capa espesa y elástica que desprendía un olor sofocante y vapores amoniacales intolerables. El polvo y las arañas poblaban los techos, muy bajos. En la casita vieja no había gallinas, pero sí abundantes recuerdos de su larga estancia en aquel sitio; y aquellos gallineros, que debían estar llenos de piojillos, exhalaban un olor nauseabundo.

—De modo que es aquí donde quiere usted alojar á mis hombres... Está bien. Venga usted conmi-

go. Kerdec, reúna usted la compañía y haga formar el círculo alrededor de nosotros.
—¡Para qué!.. ¡Para qué!, balbuceó Ledrain verde de miedo.
Sólidamente sujeto por el capitán y por el alférez, el campesino fué arrastrado, más que conducido, al

cina. Asustada á la vista de tantos guerreros, había dejado á su hombre arreglárselas como pudiera y procurado distraer el miedo con el trabajo. Lo que quiere decir que había matado el conejo y se había puesto á desollarle; pero al ver desde la ventana el círculo formado por la compañía alrededor de su

—¿Qué tienes tú? ¿Para qué pones esa cara de oso? Puesto que se te dice que tienen con qué comprar... Puesto que...
Y llevándose aparte, se puso á hablarle con animación.
Pero el granjero no se dejaba convencer. Con un



—¿Veis ese pajarraco?, dijo señalando al granjero. Miradle bien

centro del patio, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró con los tres oficiales en medio de un gran círculo formado por la compañía. El capitán Guiraud tomó entonces la palabra.

—¿Veis ese pajarraco?, dijo señalando al granjero. Miradle bien. Quiere hacerlos dormir en unos agujeros de estiércol, que encuentra malsanos para sus carneros, y en unos gallineros llenos de porquería de sus gallinas. Y sin embargo, acaso ha sido soldado ó acaso lo son ó lo serán sus hijos. Miradle bien, para acordaros de él, y sobre todo, para no imitarle, para que no olvidéis nunca, cuando volváis á vuestras casas, lo que se debe á los hombres; para que no rehuséis un asilo á unos franceses... Señores oficiales, aseguren ustedes el alojamiento de sus pelotones. ¡Romped el círculo! ¡Marchen!

Y mientras la compañía se dispersaba, y golpeaban las puertas de los edificios, y aparecían en todas las ventanas cabezas de soldados, el capitán Guiraud, con la mano izquierda apoyada en el puño del sable y retorciéndose con la derecha el canoso bigote, seguía en medio del patio dominando al infortunado Ledrain.

A los pocos minutos volvieron los oficiales. Habían encontrado sitio en todas partes, en los graneros medio vacíos, en los pajares casi sin forrajes, y la compañía estaba alojada.

—Está bien, dijo el capitán. Que se distribuyan á los hombres haces de paja y que se cuenten bien para pagarlos. Las cocinas fuera, en la plaza, delante de la granja. La sopa dentro de dos horas. De aquí á entonces, limpieza de los efectos y de las armas. Inspección mañana, antes de echar á andar. La oficina del sargento mayor, en la casa del granjero, donde habrá de seguro una pieza. Vamos allá.

La mujer de Ledrain se había refugiado en la co-

marido, su espanto fué tal que se le desviaron las tijeras y echó á perder la piel. Estaba cortando el animal en trozos y murmurando, cuando entraron los tres oficiales seguidos por el sargento mayor y por el granjero, que no oponía ya ninguna resistencia y lloraba como un ternero.

—¿Tiene usted una habitación que darnos, señora?

—Tengo la sala, contestó penosamente la campesina, á la que el miedo había hecho perder la saliva.

—¿Es allí? Bueno; no se moleste usted.

Era la sala una gran pieza enladrillada, que exhalaba un olor de cueva, y amueblada con una mesa redonda, sobre la cual colgaba una lámpara de bazar, y con seis sillas delante de las que se alineaban seis alfombrillas hechas con pieles de conejo curtidas. En la chimenea, entre dos candeleros de cinc, presidía, bajo fanal, la corona de novia de la mujer de Ledrain.

—Sargento mayor, instálese usted aquí y prepare sus documentos. Las clases podrán comer en la cocina, ahí, al lado. Permiso á todo el mundo comprar cuanto quiera, á condición de que esta señora quiera vender y de que se le pague inmediatamente su pan, su queso, sus aves, su vino, su sidra... Y ahora, señores, ocupémonos de nosotros. Nos alojamos en el castillo; ¿dónde está el castillo? Guíenos usted, furriel.

La mujer de Ledrain siguió á los oficiales, acompañada de su marido, que continuaba lloriqueando. Cuando el capitán habló de vender pasó un relámpago por los ojos de la campesina, que pellizcó á su marido y mostró su más graciosa sonrisa.

—Si estos señores quieren aves, podremos servirselas, y buenas.

Y al ver que Ledrain seguía con sus sollozos, le dijo:

brusco movimiento de hombros se desembarazó de su mujer y se volvió al centro de la cocina haciendo resonar los zuecos.

—Estoy contrariado, dijo, y no hay más... Todo esto no es más que malas acciones... ¿Se entra en casa de la gente, así, á la fuerza? Es para... Te digo que estoy contrariado.

—Pues bien: entonces, haz lo que tu tío Eugenio, que se acostaba cuando le molestaba alguna cosa.

—Así lo haré... Con eso no veré todo el destrozo que están haciendo en el patio... Todo lo están desparramando... ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Qué de contras tiene la labor! Puesto que nos azotan así y no se puede decir nada, me voy á la cama como mi tío Eugenio.

Y salió gesticulando y gimiendo. Los oficiales, divertidos por aquella escena de matrimonio, salieron á su vez, precedidos por el furriel. La granjera les hizo una bella reverencia.

—Ya se le pasará, dijo con calma. Ahora, le domina la contrariedad.

V

Como en muchas tierras normandas, la granja de la Dolente precedía al castillo. Al otro lado del patio y enfrente de la puerta de carros, se elevaba una verja de hierro forjado entre dos pilares de ladrillo y piedra. Era la verja una de esas obras maestras de cerrajería que se encuentran aún en los dominios donde vivieron, hace tiempo, unos señores olvidados para siempre. Esas verjas, testigos respetados, no se sabe por qué, de todo un pasado misterioso, conservan á despecho de sus barrotes separados, de su moho melancólico y de la cadena con candado que reemplaza á la cerradura, un aspecto noble en

medio de los campesinos que las rodean, y parece que quieren seguir separando a los pecheros de la granja de los caballeros y de las hermosas damas de otro tiempo.

Aquella verja cerraba primitivamente el patio de honor y se encontraba en el eje del cuerpo de edificio principal, desaparecido y reemplazado por una pradera plantada de manzanos y en la que pastaban los potros de Ledrain. A la derecha, un pabellón cuadrado con gran cubierta de tejas y ventanas condenadas, estaba aún en pie y servía de establo. Y a la izquierda se levantaba lo que llamaban todavía el castillo, especie de torreón cuadrado con una torrecilla de ángulo. Era lo que los soldados habían visto que surgía de la masa de árboles cuando bajaban al valle. Unos edificios en ruinas, vestigios de dependencias y de cuadras, unían el torreón con la granja y dibujaban todavía el patio. Frente a la verja y más allá del plantío de manzanos, la vista se detenía en un gran bosque, en el que penetraban unos caminos rectos plantados de viejas hayas.

El aspecto de aquellas ruinas que se destacaban sobre un sombrío verdor, la atmósfera de vejez, de silencio y de misterio que se cernía sobre ellas y la tristeza conmovedora que se desprendía de aquella tierra, en la que, lentamente, piedra a piedra y teja a teja, iba muriendo un pasado sin historia, impresionaron fuertemente el alma soñadora de Kerdec. El teniente siguió al capitán Guiraud, que, insensible a la poesía de las cosas viejas, avanzaba hacia el torreón murmurando:

—¿De modo que es esa sucia barraca lo que llaman el castillo?

Hay que reconocer que, desde el punto de vista de la comodidad, el capitán no era demasiado severo. El castillo de la Dolente tenía un aspecto inhospitalario y agresivo que se iba acentuando a medida que se aproximaban los tres huéspedes. El castillo se levantaba delante de ellos sombrío y gruñón; el eje enmohecido de una antigua veleta, torcida por el viento del Oeste, inclinaba la punta hacia ellos; y cuando llegaron a la torrecilla, una enorme pizarra se desprendió del gran tejado puntiagudo en el que los líquenes formaban manchas blancas, y vino a estrellarse a sus pies.

Se detuvieron ante una puerta en otro tiempo esculpida, ahora de ese color gris de la madera que ha sufrido siglos de lluvia, de viento y de sol, y coronada de un escudo en el que no se podía leer nada. El alambre de la campanilla colgaba a la derecha. Uno de los ganchos que en otro tiempo le sujetaba se balanceaba, desprendido, contra el montante y penetraba en el muro por una hendedura hacia la mitad de la ojiva; para reemplazar al antiguo aldabón cuyos soportes se veían aún en medio de la puerta, se habían violado lamentablemente aquellas viejas piedras.

—Vamos, Lécerf, llame usted con mil diablos. Sepamos al fin si hay aquí alma viviente.

El muelle crujió a los esfuerzos del furriel, y después de unos segundos de tirones prolongados, sonó una campana rajada. En seguida, todo quedó de nuevo en silencio.

El capitán no pudo más.

—¿Qué significa esto?, exclamó. ¿No ha hecho usted el alojamiento, furriel? Tendrá usted un castigo en ese caso.

—Dispense usted, mi capitán; hay un guarda y su

mujer y los he prevenido... No deben de estar muy lejos... Voy a ver.

Y echó a correr hacia la granja. Kerdec dijo que él daría la vuelta al castillo para ver si encontraba a alguien...

—¿No se ha paseado usted bastante? Como usted quiera. Yo aquí espero, y si el furriel no ha vuelto dentro de cinco minutos, se ha caído...



Se detuvieron ante una puerta en otro tiempo esculpida

—Yo, dijo Chamereuil, voy a cazar murciélagos.

Y recogiendo piedras y pedazos de pizarra, el alférez se puso a apedrear a los animalejos que revoloteaban a su alrededor.

Kerdec los dejó y se dirigió a las ruinas que unían el torreón con los edificios de la granja. Pasó por debajo de una bóveda, entró por una gran puerta entre dos torrecillas demolidas, en las que en otro tiempo debió asentarse el puente levadizo, y se detuvo en un puente tendido sobre un riachuelo. Delante de él, una pradera pantanosa cubierta de juncos y sembrada de grupos de sauces se extendía hasta una línea de altos olmos, que se destacaban sobre el rojo fulgor del poniente como una fila de gigantes negros. A su izquierda huía el río contra los muros de la granja, y a su derecha, rompiendo la corriente que bajaba de brumas lejanías y formaba un ángulo para pasar por debajo del puente, el torreón cuadrado del castillo de la Dolente se levantaba con toda su altura, imponente y agreste.

Las últimas luces del crepúsculo se apagaban en la gran muralla gris, agujereada irregularmente de troneras y terminada bajo el tejado por unas almenas y por una torrecilla avanzada, desde la cual los hombres de armas vigilaban en otro tiempo todo el valle. Una sola ventana rompía la monotonía militar de aquella fachada formidable. La tal ventana estaba muy alta, debajo de la torrecilla, y una columna de piedra la dividía en dos huecos protegidos por gruesos hierros. Aquella única abertura, ojo de

la fortaleza tuerta, le daba una apariencia de vida. Parecía que el pasado del antiguo castillo miraba por allí.

El teniente estuvo mucho tiempo contemplando la pradera que se dormía en la noche y de la que subían blancos vapores; los álamos, a los que la creciente oscuridad fundía en una muralla negra, y la antigua fortaleza, que surgía como un fantasma más y más borroso del abismo del río y cuyo tejado sombrío entraba como un puñal en el cielo. Cuando salió de su contemplación, la noche había cerrado por completo. El teniente renunció a dar la vuelta al torreón y volvió pies atrás.

VI

La puerta estaba abierta. El teniente tropezó al entrar con el primer escalón de una escalera de piedra, torció a la derecha, guiado por la luz, pasó por una puerta baja, y encontró a Chamereuil y al capitán en una sala alumbrada por una vela de humeante pábilo. Arrodillada delante de la chimenea, la mujer del guarda trataba de encender, soplando, unas ramas húmedas, por encima de las cuales, colgado del vasar, se columpiaba un caldero de cobre.

—¡Ah! ¿Está usted ahí, Kerdec?, dijo el capitán Guiraud. ¿Eh? ¿Es divertido todo esto? ¿Y sabe usted lo que ocurre? Nuestras cantinas se han perdido; el muletero las ha olvidado en Martinville... Se estarán emborrachando allí con nuestras recetas, pardiez. ¡Es delicioso! Sé de alguien que nos la pagará mañana... Pero, entre tanto, en la guerra como en la guerra; es evidente...

La sala se iba iluminando poco a poco, y cuando las ramas se inflamaron, las sombras huyeron danzando hacia el techo. Estaban en una cocina sucia, de paredes pintadas en otro tiempo de gris, pero que la grasa y las moscas habían puesto negras, amueblada con una pesada mesa de haya, de tabla grasienta y resquebrajada, un banco macizo y unas cuantas sillas de paja. Las ventanas, muy altas en otro tiempo, estaban medio condenadas y reducidas a dimensiones burguesas. La chimenea estaba achicada y modernizada por dos montantes de yeso pintado, que soportaban una tabla en la que se habían dado cita tres marmitas, un candelero de cobre y un frasco lleno de peces encarnados; pero se conservaba la campana, con su aparato de ladrillos planos, terminada hacia el techo por una cornisa dentada y adornada en medio por un escudo del que no se veía ni la base ni la punta, oculto como estaba por un reloj redondo de madera puesto encima como una mancha y subrayado por una escopeta sujeta horizontalmente por dos clavos. En un rincón, agachado como un gnomo, un innoble hornillo de hierro levantaba traidoramente su negro tubo, que se unía por un codo al cuerpo de la chimenea; y la antigua sala, con sus vigas ahumadas, su enlosado de losas mal juntas e incompletas, tenía ese aspecto de tristeza que toman las cosas viejas que no han sido respetadas y que parecen decir: «Mirad cómo nos han deshonrado; en otro tiempo no éramos tan feas.»

—Entonces, señora, está convenido, dijo el capitán a la mujer del guarda, que estaba acercando al fuego una marmita; tortilla de jamón, frito de pollo, y puesto que ha matado usted el cerdo, probaremos unas tajadas. La comida está arreglada. Pero ¿y el alojamiento? ¿Dónde nos va usted a acostar?

(Se continuará.)



BARCELONA. — «El miracle del Tallat,» leyenda en tres cuadros representada con éxito en el teatro Principal, letra de D. José Carner, inspirada en una narración de D. J. Pin y Soler, música del maestro Morera y decoraciones de Brunet y Pous. — Cuadros primero y tercero. (De fotografía de A. Merletti.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

LOHENGREN, ópera de Ricardo Wagner, traducción catalana adaptada á la música por Javier Viura y Joaquín Pena, con la exposición de los temas musicales que siguen el texto. Editado por la «Associació Wagneriana» é impreso en Barcelona en la imprenta de Fidel Giró. Precio, dos pesetas.

EL ARANCEL, LOS TRATADOS Y LA PRODUCCIÓN, por Guillermo Grassl. — Un folleto de más de 100 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía de la Viuda de Domingo Ca-

CRÍA DEL GUSANO DE LA MORERA Y OTROS GUSANOS PRODUCTORES DE SEDA. HILADO Y ESTUDIO DE LA MISMA, por D. Francisco Balaquer y Primo. Nueva edición corregida y aumentada con los últimos procedimientos y muy particularmente con un breve tratado sobre el cultivo de la morera y demás árboles útiles para la cría del gusano de seda. — Un tomo de 145 páginas que forma parte de la biblioteca «Monografías Industriales,» ilustrado con varios grabados y editado en Madrid por D. Luis Santos, sucesor de Hijos de Cuesta. Precio, cuatro pesetas en Madrid y 4'50 en provincias.

TRATADO DE FÍSICA, por A. Ganot. — Tratado elemental de Física y nociones de meteorología y climatología, seguido de una colección de 88 problemas con sus soluciones, ilustrado con 1.139 grabados intercalados en el texto y una lámina iluminada. Décimacuarta edición española revisada y ampliada por D. Eugenio Guallart, ingeniero de montes, con un índice alfabético. Un tomo de 1.044 páginas, elegantemente encuadernado en tela, editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos. Precio, 15 pesetas.

CERVANTES, por José de Castro y Serrano. — Un tomo de 58 páginas con el retrato de Cervantes y el facsímil de la portada de la primera edición del *Quijote*. Editado en Madrid por Francisco Beltrán y Torres é impreso en la tipografía de Antonio Marzo.

MEMORIA HISTÓRICA SOBRE LA FAMILIA ALVAREZ DE TOLEDO EN CHILE, por Tomás Thayer Ojeda. — Trabajo publicado en los «Anales de la Universidad.» — Un folleto de 167 páginas, impreso en Santiago de Chile en la imprenta Barcelona.

CÁNDIDO, novela de Voltaire, traducida por Torcuato Tasso y Serra. — Un tomo que forma parte de la «Biblioteca Diamante,» que edita en Barcelona D. Antonio López. Precio, dos reales.

ATLAS GENERAL DE ESPAÑA Y PARTICULAR DE SUS CUARENTA Y NUEVE PROVINCIAS, tirado á dos colores, con datos geográficos, comerciales é industriales de cada provincia, precedidos de un breve estudio sobre la situación, división y organización de la península y sus posesiones. Editado en Madrid por Bailly-Baillière é hijos. Precio, dos pesetas.

EVOLUCIÓN SUPER-ORGÁNICA (LA NATURALEZA Y EL PROBLEMA SOCIAL), por Enrique Lluvia. — Un tomo de 272 páginas, con un prólogo del Dr. D. Santiago Ramón y Cajal, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe) é impreso en la Imprenta Artística de José Blas y C.^a Precio, 4 pesetas.

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. ALMANACH. 1906. — Un tomo de 200 páginas profusamente ilustrado. Editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

PARA SER AMADA. CONSEJOS DE UNA COQUETA. SECRETOS FEMENILES, por la duquesa Laureana, traducción de Carlos de Ochoa. — Un tomo de 295 páginas, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe), impreso en la imprenta de Fortanet. Precio, 3'50 pesetas.

NUEVAS EXPLORACIONES EN LA HOYA DEL MADRE DE DIOS. — Un tomo de más de 200 páginas, publicado por la Junta de Vías fluviales del Perú bajo la dirección de D. Carlos Larrabure y Correa. Contiene memorias de D. Juan S. Villalta, D. J. M. Olivera, D. Fernando Carbajal, D. Juan Manuel Ontaneda, D. Abraham A. de Rivero y D. Wenceslao Málaga. Profusamente ilustrado con vistas, retratos y planos. Impreso en Lima en la litografía y tipografía de Carlos Fabbri.

EL ISTMO DE FISCARRALD. — Informes del coronel Ernesto de La Combe, del ingeniero D. Jorge M. Von Hassel y de Dr. D. Luis Pesce, jefe, segundo ingeniero y médico respectivamente de la Comisión exploradora del Istmo de Fiscarrald. Publicación llevada á cabo por la Junta de Vías fluviales del Perú, bajo la dirección de D. Carlos Larrabure y Correa. Un tomo de 239 páginas, profusamente ilustrado con vistas, retratos y planos; impreso en Lima, en la imprenta La Industria.

CAPÍTULOS DE UNA HISTORIA CIVIL Y MILITAR DE COLOMBIA, por F. J. Vergara y Velasco. — Folleto de 192 páginas con un mapa de la división territorial de Colombia en mayo de 1905, impreso en Bogotá en la Imprenta Eléctrica.

BARCELONA Á LA VISTA. ALBUM DE FOTOGRAFÍAS INÉDITAS. SEGUNDA SERIE. — Se ha publicado el cuaderno 9, que contiene 16 vistas de Barcelona y sus alrededores, editado por D. Antonio López. Precio, 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

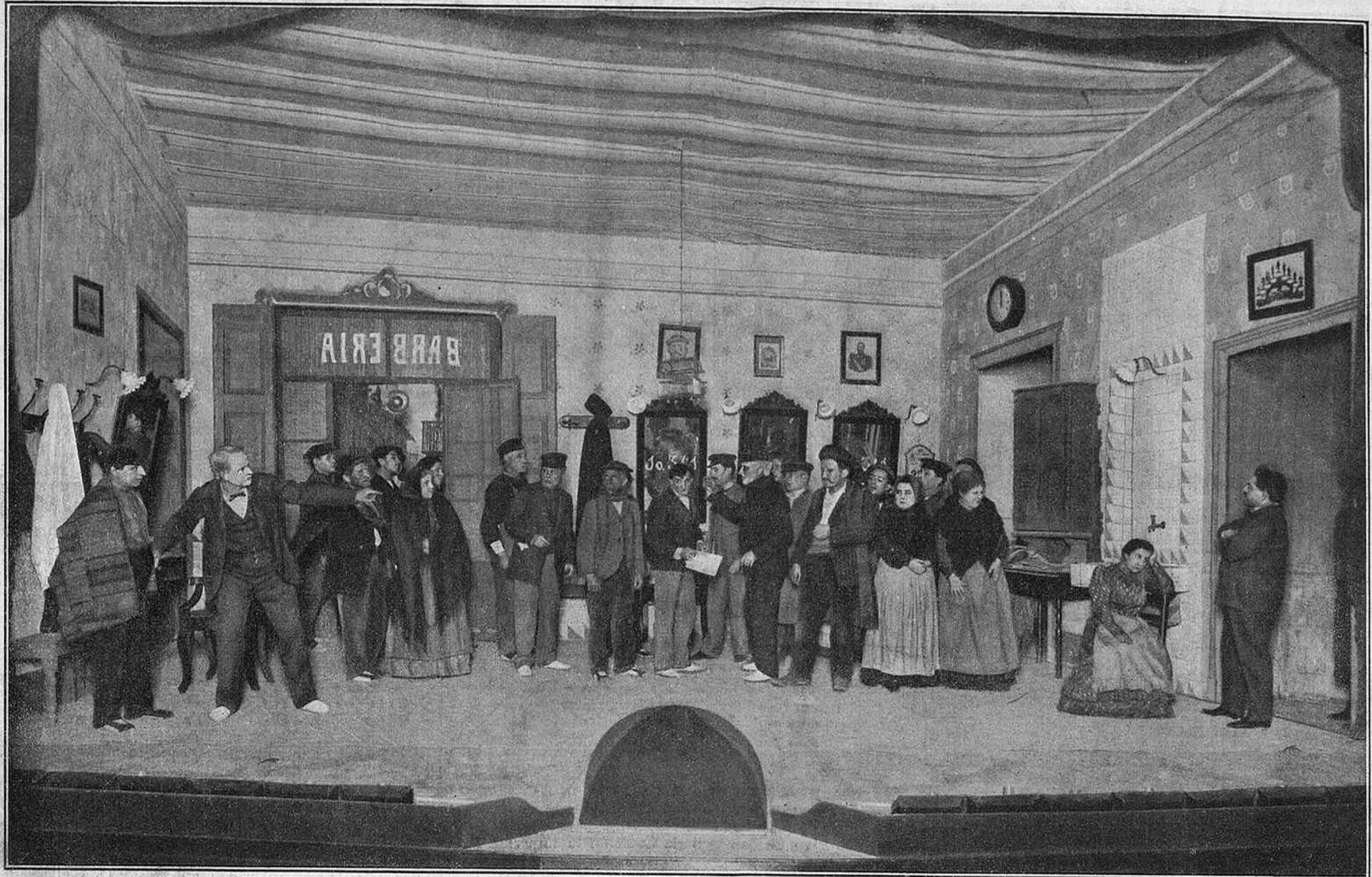
REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

BOYVEAU-ROB-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZUE-ALBESPEYRÉS, 78, Faubr St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 AÑOS de exito.



BARCELONA. — «LAS GARSAS», DRAMA EN TRES ACTOS DE IGNACIO IGLESIAS, ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO ROMEA. ACTO PRIMERO (De fotografía de A. Merletti)

AGUA LEHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS ELANCARD

PILULES de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: ELANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PUREZA-DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ABOLEADA SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EPILORESSENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

FRANCO 5 FR.

DEHAUT & Co

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN